

2313

2-65

# REVISTA DE EDUCACIÓN HISPÁNICA



NÚMERO VI  
ZARAGOZA

Ayuntamiento de Madrid



---

---

ORGANO NACIONAL DE LA SECCIÓN  
ESPAÑOLA DEL MAGISTERIO (S. E. M.)

---

EDITADA POR LA DELEGACIÓN NACIONAL DE PRENSA  
Y PROPAGANDA DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA  
Y DE LAS J. O. N. S.

—o—

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

España: 12 pesetas un año; 6'50 pesetas un semestre.  
Número suelto, 1'25 pesetas.

Repúblicas hispano-americanas: { Un año, 15 pesetas.

Alemania, Italia, Portugal: { Número suelto, 1'50.

Extranjero: Un año, 25 ptas.; número suelto 2'50 ptas.

---

LAS SUSCRIPCIONES POR ADELANTADO

---

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Mefisto, 9, 2.º dcha. - Teléfono 5620 - Zaragoza

---

---

---

ARTES GRÁFICAS E. BERDEJO CASAÑAL. ZARAGOZA



¡GLORIA A LOS CAÍDOS!  
SALUDO A FRANCO  
¡ARRIBA ESPAÑA!

REVISTA DE  
EDUCACIÓN  
HISPÁNICA

AÑO II.-N.º VI.-FEBRERO  
MCMXXVIII  
II AÑO TRIUNFAL



---

## REVISTA DE EDUCACIÓN HISPÁNICA

ASPIRA A SER EL PORTAVOZ DEL MOVIMIENTO PEDAGÓGICO QUE RESURGE EN ESPAÑA CON INUSITADO VIGOR, REFLEJANDO SUS CARACTERÍSTICAS PECULIARES DE SU PRISTINO MODO DE SER CON SU MODO DE ESTAR EN EL MOMENTO DE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA CULTURA Y DESPUÉS DE PURIFICADA. PROCURANDO, ADEMÁS, CONTRIBUIR EN LA MEDIDA DE SUS FUERZAS A SU DESARROLLO POR EL MUNDO, ESPECIALMENTE EN LOS PAÍSES IBERO-AMERICANOS Y EN NUESTRAS ANTIGUAS Y ACTUALES COLONIAS

Y PROTECTORADOS.

---

---

### S U M A R I O

#### Sección doctrinal

*Las fuentes del Humanismo (conclusión)*, N. G. Caminero. — *Psicología comparada: El alma española*, Juan Saz Ronco. — *La pedagogía del dolor, II*, Crisanto Gay Berges.

#### Sección técnica

*Cualidades del niño español*, Antonio J. Onieva. — *La pedagogía en la nueva Alemania*, Adolfo Maillo. — *Relaciones entre educación e instrucción*, Giuseppina Pomello.

#### Sección práctica

*Cartas para los chicos grandes y para los grandes chicos*, P. Arnal Caverro.

---



SECCION

DOCTRINAL



SI FUERES A OFRECER TU OFRENDA AL ALTAR Y ALLÍ TE ACORDARES DE QUE  
TU HERMANO TIENE ALGO CONTRA TÍ, DEJA ALLÍ TU OFRENDA DELANTE DEL  
ALTAR Y VE PRIMERAMENTE A RECONCILIARTE CON TU HERMANO, Y ENTONCES  
VEN A OFRECER TU OFRENDA.



# Las fuentes del Humanismo

(CONCLUSION)



## ARTÍCULO SEGUNDO

### *Valor humano de la ciencia del espíritu*

El hombre es un ser, que vive con otros hombres y después de otros hombres. Es imposible que uno se conozca a sí mismo sin conocer a los hombres con quienes vive. Es más imposible que uno se conozca a sí mismo sin conocer a los hombres después de los cuales vive.

En el mundo interior de cada individuo hay dos zonas misteriosas. Se distinguen por su mayor o menor intimidad.

La zona de la mayor intimidad es la zona nuclear; la de la menor, la zona periférica.

En la primera guarda y esconde el hombre sus más profundos anhelos, sus más sagrados amores, los sentimientos más dedicados, las aspiraciones más ardientes.

En la segunda vienen a posarse para volar muy pronto las preferencias de época, los caprichos de moda, los amores efímeros, los entusiasmos que se enfrían y las ideas que se apagan.

*Zona nuclear y zona periférica.*

En cada una de ella se descubren influjos del exterior. En la nuclear predominan los influjos históricos, en la periférica los influjos de la sociedad.

Mucho más íntimo y más profundo es lo que tenemos de los hombres después de los cuales vivimos, que lo que tenemos de los hombres con quienes vivimos.

Mucho más importante para conocerse a sí mismo es el conocimiento de la Historia que el de la sociedad. Conocer la Historia para conocerse a sí.



Lo que tenemos de la Historia es íntimo y profundo, casi tan íntimo y profundo como lo que tenemos de nosotros mismos.

Su presencia en nosotros no se nos manifiesta con la estridencia de lo que no es nuestro, ni nos causa la extrañeza que nos causan las impresiones venidas del exterior.

Significa a no dudarlo una gran perfección, pero puede ser ocasión también de una gran imperfección.

La profundidad e intimidad de lo histórico en nosotros puede hacer desaparecer a lo — nuestro — en — nosotros.

La vida histórica inconsciente puede absorber a la vida personal consciente.

En muchas cosas creemos obrar por propia convicción; no será sino por impulso de la Historia.

Conocer los influjos históricos; si son malos, para librarse de todo caso para preservar inmune la personalidad y autonomía del su esclavitud; si son buenos, para abrirse a su beneficencia; en propio yo.

Conocer la Historia para conocerse a sí.

Y para sentirse a sí.

Sentirse a sí como ser histórico.

“El niño ha reclinado la cabeza en la falda de su madre.

La mira, la mira sin parar.

Al cabo despliega los labios y le hace esta profunda pregunta sobre el origen de su existencia:

— Madre, ¿dónde estaba yo cuando tú me encontraste?

Ella, llorando y riendo, le responde, apretándolo contra su

— Estabas escondido en mi corazón como su anhelo íntimo, pecho:

amor mío; estabas en los muñecos de los juegos de mi infancia...; estabas en el altar con el Dios de nuestra casa y al adorarlo a Él te adoraba a tí; estabas en todas las esperanzas y en todas las ternuras mías; has vivido en mi vida y en la vida de los míos.

Tú has sido creado siglo tras siglo en el curso de la Historia.

Cuando mi corazón de adolescente abría sus válvulas a la vida y al amor, tú flotabas en torno igual que una fragancia; tu tierna suavidad florecía después en mi cutis joven, como antes de salir el sol la luz en el oriente.

¡Qué misterioso temor se opodera de mi, hijo mío, cuando te miro a tí, que siendo de todos te has hecho mío, y qué miedo de perderte!

¡Así, bien apretado contra mi pecho!



¡Ah!, ¿qué poder sobrenatural ha posado el tesoro del mundo sobre los débiles brazos míos?"

Este idilio de Rabindranath Tagore es el idilio del sentimiento histórico.

Sentirse a sí mismo "ser histórico" es eso.

Sentir que no somos seres solitarios y átomos perdidos en las nebulosas espaciales de la Historia, ni burbujas momentáneas que en su seno no lleve el anchuroso mar de los tiempos, ni notas desligadas en la grandiosa sinfonía de la vida.

Es eso.

Pensar que nuestra existencia es el último eslabón de una inmensa cadena de otras existencias; que hemos sido objeto de la formación de muchos hogares, término de la expresión de muchos anhelos, de la concepción de muchas ideas.

En tiempos remotísimos, en lenguas exóticas, tal vez también en regiones apartadas, se han pronunciado palabras y se han expresado afectos y se han cantado cantares en los que flotaban nuestra vida, nuestro amor, nuestras preferencias más íntimas y nuestros sentimientos más hondos.

Sentirse a sí mismo ser histórico: ensancha el panorama de nuestras ideas, amplía el círculo de nuestros intereses, embalsama nuestra alma con el aroma de la Historia y de la realidad que fué.

Lo — que — fué es más humanizador que lo — que — es.

Hablo todos los días con el amigo íntimo. Son conversaciones cordiales. Él me entiende. Tiene sol de comprensión para todas mi cuitas. Él me ama, yo le amo.

Salgo de su compañía verdaderamente humanizado, diciendo sí a la existencia y alabando a Dios por habérmela concedido.

Sin embargo, no acabo de salir de mi mediocridad: no hago esfuerzos serios en el negocio de la perfección.

Un día me dan una noticia.

El ser que amaba acaba de desaparecer. Cinco minutos.

Ante el cadáver. No puedo hablar por la emoción. Osculo de despedida. Me voy.

Reflexiono. Experimento deseos de cambiar de vida, de ser más serio. Hago un propósito eficaz.

¿Véis?

Lo que en mí no produce la presencia de lo — que — era — cuando — era, lo ha producido la presencia de lo — que — fué — cuando — ya — no — era.

Melancolía de lo — que — fué.



No es una melancolía estéril. Viene a nuestra alma, preñada de una fuerza irresistible que nos empuja hacia el infinito.

La meditación de lo—que—fué nos lleva hacia lo—que—siempre es.

Realmente ante lo—que—fué se suelen coger esas pulmonías de lo eterno, que terminan en heroísmo de santidad.

Ejemplos, Francisco de Borja y Bruno de Colonia.

El conocimiento de la vida es otro fruto del estudio de la Historia.

Se nos objeta que mejor se conoce a la vida viviéndola que estudiándola. Respondemos que no. Somos del parecer de los filósofos de la Historia, que sostienen que los que peor conocen la vida de una época son los que viven la vida de esa época.

Ello proviene en parte de la ley de la perspectiva histórica.

Hay una perspectiva espacial y hay también una perspectiva temporal. La distancia que en el espacio exige la ley de la perspectiva espacial, la pide en el tiempo la ley de la perspectiva temporal.

Se requiere una determinada lejanía de la realidad histórica para que la imagen del hecho se pose y se forme.

¿Cuándo empezamos a comprender la vida de los niños? Cuando hemos dejado de serlo.

¿Cuándo entendemos el verdadero significado de muchos fenómenos de la adolescencia? Cuando hemos entrado en la juventud.

Lo mismo, en mucho mayor grado, se verifica respecto de la vida social de una época o de una era histórica.

Respecto de la vida, tal como hoy se vive, hay otro obstáculo que nos impide conocerla por completo mientras vivimos = es el grado relativamente alto de civilización y de refinamiento a que ha llegado.

¡Ya no somos primitivos!

Esta exclamación no quiere ser una añoranza de la horda y de los vestidos de pieles, sino la aseveración de lo que esto significa para el verdadero conocimiento de la vida de hoy.

Es un hecho que en nuestros días, más que la vida real, lo que observamos son símbolos de la vida real.

Llevamos una vida simbólica, de formas y de fórmulas, de tópicos y convencionalismos, de papeles y de burocracia. Tenemos miedo de objetivarnos como somos y de manifestar lo que sentimos.

Nos ponemos guantes para todo, nos uniformamos para todo, tenemos frases hechas hasta para las ocasiones que piden más



espontaneidad, reaccionamos como máquinas, preguntamos las cosas que ya sabemos y respondemos con seriedad a lo que sabemos que ya saben.

Ello origina una grave confusión en la interpretación de nuestras objetivaciones.

Por el abuso y la perversión, lo que de suyo es signo natural inequívoco se ha convertido en signo convencional y equívoco.

De ahí la falta de estima y la pérdida de valor de las buenas palabras, de ahí la frialdad con que leemos las expresiones más cordiales, la indiferencia con que recibimos un apretón de manos y la poca fe que prestamos al abrazo de los que acaban de subscribir un pacto internacional.

Los símbolos son siempre símbolos.

Si para conocer la vida no atendemos más que a la vida, nunca obtendremos el logro colmado de nuestro fin.

Miremos a la Historia: ella nos descifra los símbolos.

Desde el punto de vista de un influjo humanizador, lo más eficaz y poderoso de la Historia es el contacto espiritual en que nos pone con los grandes hombres que han existido.

"Exempla trahunt", decían los antiguos, y los modernos en nada han tenido que desmentir el aforismo al cambiarle por este otro: Las almas escogidas obran por atracción.

Es mucha verdad.

Léanse las vidas de los muchos héroes, sabios y santos que hoy brillan y pueblan el firmamento de la Historia; léanse también las de los que sin subir tan arriba se han mantenido, sin embargo, en la categoría de hombres honrados.

Un poco de reflexión sobre ellas.

¿Qué es lo que les ha llevado a los unos a la altura del heroísmo, de la santidad, de la sabiduría, y a los otros les ha mantenido en la categoría de una vida honrada y digna?

Sin pensarlo: el influjo y la atracción de almas grandes que vivieron en tiempos anteriores y ellos conocieron con el auxilio de la Historia.

Esta atracción y este influjo es lo que a los unos llevó a la perfección y libró a los otros de caer en la imperfección.

De hecho es así.

Los hombres grandes son los planetas del sistema solar humano en torno de los cuales describimos la elipse de nuestra vida los que no somos más que pequeños asteroides y también los que brillan como estrellas de primera magnitud.

Unos en curva más ceñida y apretada (= estrellas de pri-



mera magnitud), otros en curva más amplia y desenvuelta (= insignificantes asteroides), todos los que vivimos giramos en derredor de los hombres grandes que ya no viven.

Hay siempre — cada vez más — estrellas independientes que no soportan la ley de la atracción.

¡Ay de las tales!

Errantes en su carrera, han de terminar al cabo en el caos de la destrucción y de la muerte.

No hay hombres más temibles ni más desgraciados que los que voluntariamente cortan las amarras que nos unen con el ideal.

Bajo el término de hombres grandes entendemos aquí a todos los que de alguna manera han sobresalido en la superficie de los valores humanos.

Pertenecen por lo tanto a esta categoría los grandes jefes políticos que han logrado imponer su voluntad a todo un pueblo, los eminentes pensadores que han dejado sentir su influencia a través del cauce subterráneo de las ideas, los varones santísimos que entre todas las victorias que se pueden ganar en esta vida han llevado la más gloriosa: la victoria de sí y de las pasiones.

Todos ellos reflejan en su vida los rasgos fuertes y definidos del alma noble y generosa.

Todos ellos dejan ver en sus acciones el ilustre origen de donde provienen.

Imitémosles en lo mucho bueno que nos pueden enseñar. Todos los hombres grandes de la Historia son humanizadores. Sobre todo los Santos. Sobre todo el santo de los santos, el jefe de los jefes, el Hombre-Dios.

Desde que el mundo es mundo nunca las aristas del ideal humano han aparecido con más finura y pronunciamiento que en Jesucristo. Por ello en la teoría humanista de la Historia, Cristo es el punto céntrico del sistema. Todos lo saben, aunque en la práctica tal vez no todos se conforman.

Quizá los profesores de Historia debieran consagrar más tiempo y atención a hacer resaltar esta importante verdad.

Entiendo muy bien la respuesta que a esta afirmación se me puede dar. La misión de Cristo no es la de humanizar, sino la de divinizar.

No tengo nada contra la objeción: sólo añado una brevísima explicación. La misión de Cristo no es la de humanizar, sino la de divinizar.

Pero es imposible divinizar sin humanizar. Lo divino se edifica sobre lo humano.



¿Por qué fructifica tan poco la semilla evangélica en algunos corazones? Porque *humanamente* no están como debieran estar. Están pervertidos y desordenados.

Cristo diviniza, pero también humaniza. Los más divinos entre los hombres — los cristianos — son también los más humanos.

¿Qué valores se pueden señalar en la vida de Cristo como fuentes de humanismo? Imagino que, como son tantos, cada uno los traerá diferentes.

A nosotros se nos ocurre que la enseñanza humanizadora de la vida de Cristo está en estas cinco cosas: 1.<sup>a</sup>, mezcla simpática de acciones heroicas y escenas idílicas; 2.<sup>a</sup>, virilidad y ausencia de morbosidad en sus objetivaciones afectivas e intelectivas; 3.<sup>a</sup>, conducta transparente de toda su vida; 4.<sup>a</sup>, sentido jerarquizador de los valores; 5.<sup>a</sup>, orientación definida y en línea recta del fin sublime que le trajo a este mundo.

Sobre el primer punto no puede haber disertación mejor que la lectura del mismo Evangelio.

Haciéndola se encuentra uno en cada página con ejemplos de cada uno de los géneros de acciones gloriosas que conquistan al caudillo la veneración y el entusiasmo de sus súbditos. Rasgos heroicos de la vida de Jesús donde brilla la luz esplendente de lo grande y de lo sublime.

Elocuente sermón de la montaña; noble arranque de majestad ante los galileos que querían despeñarle; postura sublime de vencedor contra los acusadores de la adúltera; salida airosa del astuto conflicto entre lo debido al César y lo debido a Dios; respuesta profunda, llena de dignidad y valentía al procónsul romano, que momentos antes del Calvario le preguntaba por su realeza...

Idilios encantadores en los que Cristo tomó parte:

Bendición de los niños, lágrimas derramadas ante la tumba de su amigo Lázaro, escena finísima del Tiberíades, en la que el mismo nuestro Señor asó el pez sobre las brasas encendidas y partió el pan a sus apóstoles con sus mismas divinas, santas manos...

Son hechos citados al azar. Cualquiera puede encontrar más en el Evangelio.

La vida de Jesús es un compendio de los rasgos más sublimes y los gestos más encantadores.

Por ello la vida de Jesús es la mayor fuerza de atracción para el hombre a quien entusiasma el heroísmo y embelesa el idilio. La síntesis de la delicadeza y de la virilidad en las objetivaciones humanas no es lo mismo que la síntesis de las acciones heroicas y de las acciones idílicas.

Difieren en que la última tiene cada uno de sus términos de



enlace en diversas acciones de la vida: la delicadeza y la virilidad en cambio son matices conjuntos de una misma acción.

Hay hombres — aunque sean muy pocos — que son capaces de operar el primer enlace y carecen de virtualidad suficiente para llevar a efecto el segundo.

Cristo no es de este número. Es una cosa realmente admirable. Muchos escritos y vidas — aun de santos — no pueden caer en manos de todos. A nadie se le ha ocurrido, sin embargo, prohibir a ninguna clase de gente la lectura del Evangelio.

La razón es evidente.

Los escritos y las vidas — aun de los hombres santos, cuanto más si no lo son — a menudo están desprovistas de esta misteriosa síntesis entre el espíritu de virilidad y el de delicadeza.

Lo más frecuente es que las personas dotadas de un alma generosa y fina pequen por exceso de adelgazamiento místico, cuando al mismo tiempo llevan una vida santa, y que, cuando no la llevan degeneren en las exageraciones de una sensibilidad casi enfermiza.

Por todo esto la prohibición de sus escritos a personas no completamente formadas se hace indispensable. Y no se hace indispensable la prohibición del Evangelio, porque no hay libro más sano que el Evangelio.

Las escenas de amor, en las que sin mucha contención es tan difícil mantenerse en el justo medio, aparecen en el Evangelio con tales rasgos de virilidad y fortaleza que todos las pueden presenciar.

Cristo amó, amó mucho; la razón de su vida humana fué el amor. Hablen los pecadores y los niños, hablen sus amigos, hablen sus discípulos.

¡Fidelidad y lealtad la suya! ¡Ungido bálsamo de su conversación íntima! ¡Dulce abandono de su trato! ¡Suave familiaridad! ¡Amorosa cordialidad!

Cristo es el mejor amigo.

A pesar de todo, nunca la amistad le impidió decir la verdad y usar de una sana confianza para corregir aun a los que le trataban más de cerca. Sobre todo nunca la amistad le hizo hacer el menor sacrificio de las cosas que tocaban al servicio de su Padre.

En este último rasgo de la vida de Jesús entra ya en juego su sentido de jerarquización de los valores.

Explicuemos qué queremos significar con este término. No otra cosa sino ausencia de ramplonería y vulgaridad. Ser un hombre ramplón y vulgar es eso. Dar la misma importancia a todas las cosas significantes o insignificantes, divinas o humanas. Maniobrar y tomar las mismas posiciones ante un problema de sociedad o de casino que ante el problema de la salvación del alma.



Poner en la misma categoría a un individuo elegante que lleva en su sitio la corbata y cuida la línea vertical del pantalón, que a un distinguido profesor de Universidad, famoso por sus conferencias académicas y por sus escritos originales.

Es achaque que hoy más que en otros tiempos padecemos. La raíz es la misma que señalamos para la falta de independencia.

Conviene, por lo tanto, ponerse en contacto con los hombres grandes, que son los que tienen la verdadera visión de la realidad y el sentido exacto de los valores.

Jerarquización de valores.

La vida de Cristo es un modelo de esta cualidad. Nadie como El ha distinguido entre las cosas necesarias para la salvación del alma o para la conservación del hombre y entre los protocolos puramente legales de la vida social.

A los judíos que se le quejaban de que los Apóstoles no se lavaban las manos antes de comer o de que al ir por el camino cortaban las espigas para alimentarse con sus granos, les respondió que ni por lo uno se hacía uno enemigo de Dios, ni lo otro era tan grave que no se pudiese hacer en caso de necesidad.

Inspirado por el mismo sentido hablaba cuando también a los judíos les dijo que lo que manchaba no era lo que venía de fuera, sino lo que salía de dentro, y que el pecado no estaba propiamente en la mera omisión de la ceremonia externa, sino en el acto interno de la voluntad.

Cosas de este género las decía y repetía siempre que se presentaba ocasión, a veces aun con un realismo que a algunos ha podido parecer exagerado.

Sin embargo, Jesús era así: una de las cosas que entraban en su misión divina era este sentido de la importancia, y no importancia de las cosas.

Sobre todo nos enseñó a distinguir y jerarquizar lo divino y lo humano. Nos dió un ejemplo admirable.

En el tesoro de los afectos y de los amores de Jesús hubo siempre un fondo intangible e inviolable. Era el amor y el celo por el servicio de su Padre.

Nadie pudo penetrar allí, nadie pudo extinguir lo más mínimo aquella llama infinita que del corazón de Jesús se remontaba al corazón del Padre.

“Mi Padre”.

Cuando se interponen las cosas del servicio de su Padre, hasta de los deberes más sagrados se cree dispensado; y lo hace con toda seguridad.

“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo ante todo debo ocuparme de las cosas que tocan al servicio de mi Padre?”



Y por defender el honor de su Padre no duda en agredir y en volar los intereses de todo un pueblo. "La casa de mi Padre es casa de oración".

El pensamiento obsesionante de Jesús es la gloria y la honra de su Padre.

Es también el que da unidad a su vida y le lleva en línea recta del fin redentor que le hizo bajar del cielo.

Nada más educador de la fuerza y tenacidad de voluntad que el ejemplo de Nuestro Señor en llevar adelante su misión divina. Tan presente la tenía en su memoria, que continuamente en las conversaciones con los suyos y en las exhortaciones a las turbas estaba haciendo alusión a ella.

A Pedro, que un día se atrevió a sugerirle un pensamiento de desvío y distracción, no dudó en reprenderle ásperamente y llamarle con aplomo Satanás.

"Yo tengo que ser bautizado con un bautismo. ¡Y qué angustias padezco hasta que se lleve a cabo!"

Preguntó el pontífice a Jesús cuál era su doctrina y quiénes sus discípulos. Nuestro Señor le respondió con una serena dignidad: "Yo siempre he hablado al mundo en público: yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo a donde van todos los judíos: nada he dicho a escondidas".

Respuesta amirable.

En ella va en compendio toda la vida de Cristo. Le extrañan aun los mismos que leen el Evangelio con no tan buena intención.

Hay que ver quién era Cristo, quiénes sus enemigos, en qué circunstancias se desarrolló su vida pública. Lo más natural era que un hombre de conducta no tan transparente como la de Nuestro Señor, al actuar en semejantes circunstancias reaccionase alguna vez de una manera menos digna y honrada.

Zancadillas diplomáticas, astucias hábiles, insinceridad en las gestiones, disimulos, adulaciones, mentiras, traiciones, rencores profundos, tendencia constante a hundir y derrotar al adversario, son cosas corrientes en los grandes jefes y caudillos: por eso la gente no se admira.

No lo fueron en Jesucristo: por eso la gente se admira. Es lo más humanizador de la vida de Jesucristo.

Llevó una vida transparente, todo lo hizo a la luz del día. Nunca sus labios se mancharon con palabras traidoras o de adulación. Nunca en su rostro se vieron pliegues de astucia ni arrugas de rencor.

Dijo siempre lo que pensaba y reflejó en toda ocasión sus estados de alma.



A Herodes le llamó raposa, a los escribas y fariseos les llamó hipócritas y fulminó contra ellos palabras de maldición. En cambio miró con ojos de amor al joven puro y noble, que desde su juventud había guardado la ley de Dios; derramó lágrimas por la muerte de Lázaro, se conmovió con la fe sencilla de la cananea, alabó a Pedro con palabras espontáneas y entusiastas por su confesión del Hijo de Dios.

Se manifiesta como era.

De todas las veces que el Evangelio nos le muestra en conversación íntima con sus discípulos, ni una sola vez se le puede coger tomando posiciones hábiles o echando cálculos estudiados con miras a su actuación en contra de los fariseos.

Cristo es transparente.

Con razón pudo retar a los judíos: "¿quién de vosotros podrá argüirme de pecado?"

### TERCERA PARTE

#### *El arte fuente de humanismo*

Más que la filosofía, más que la ciencia de la naturaleza y que la ciencia del espíritu es el arte fuente de Humanismo.

La Historia lo acredita: los pedagogos y técnicos modernos lo aseguran casi unánimemente.

Antes de seguir adelante. Al hablar así ¿se refieren al arte en general o sólo al literario?

Naturalmente sólo al literario. Bien entendido. Con esto no quieren decir que las otras manifestaciones del arte carezcan de valor humanizador. Continuamente se oye hablar de la significación educativa de la plástica, de la pintura y de la música.

Un grupo artístico de Mariano Benlliure, la colección de figuraciones religiosas sobre la vida de Cristo, de Mario Barberis, una pieza de Falla, de Beethoven o de algún otro gran maestro pueden inducir en nosotros estados de alma de un valor sumamente humano.

Lo que pasa es que la manera de expresión de que echan mano la plástica y la pintura no es precisamente la que tiene mayor afinidad con la capacidad comprensiva de nuestra alma, y en todo caso exigen siempre una técnica más difícil de adquirir que la que se requiere para entender una obra de arte literario.

Esto vale también de la música. La música atrae a todos los



hombres, pero influye verdaderamente en muy pocos. La impresión que la música causa, se observa a través de las actitudes.

Es muy fácil que la música produzca una actitud dinámica de baile, de danza, o de acompañamiento rítmico.

Es menos fácil que produzca una actitud estática, de concentración, de arrobamiento, de éxtasis, de transporte infinito.

Por ello las emociones de la música correspondientes a la actitud dinámica son emociones superficiales: en cambio las correspondientes a la actitud estática dejan huella perenne en el alma.

Para que la música influya no hay que salir de sí, sino entrar en sí. Son muchos los hombres que al oír música salen de sí, son pocos los que entran en sí.

Hablamos, pues, del arte literario. ¿Qué propiedades tiene el arte literario para ser considerado como la fuente principal del Humanismo?

Varias que iremos enumerando.

A nuestro entender la más importante es la manera viviente como ofrece la realidad. Es nota distintiva que le diferencia muy bien de la filosofía y de la ciencia natural sobre todo.

La filosofía y la ciencia de la naturaleza, al ponerse en contacto mental con la realidad, lo hacen siempre con la realidad muerta o por lo menos en estado moribundo.

Lo exige el punto de vista en el cual se ponen.

Fijémonos, por ejemplo, en el filósofo.

¿Qué le interesa al filósofo? ¿El amor? ¿La virtud? No, sino la esencia del amor y de la virtud. Pero ¿la esencia del amor y de la virtud es el único aspecto viviente del amor y de la virtud?

Tampoco.

El filósofo, por lo tanto, al despojar al amor y a la virtud de las condiciones necesarias para su vida, mata al amor y mata a la virtud.

Por lo menos los cloroformiza. El cloroformo de la filosofía es la abstracción.

El arte no es así.

Nada más ajeno del proceder artístico que el proceder quirúrgico. Nada más ajeno de la realidad del arte que el estado de adormecimiento o paralización.

El arte es vida, vida riente y palpitante.

El arte es dinamismo.



No nos da la definición del amor; nos hace sentir las respiraciones del amor.

No nos describe las notas constitutivas de la virtud: nos muestra los encantos vivientes del alma virtuosa.

No nos plantea en esquema filosófico los problemas de la existencia; sino que nos hace ver el misterioso avanzar de la vida humana entre tinieblas entrecortadas de luz, entre gritos de dolor e himnos de triunfo.

El arte es vida: vida integral: vida en todos sus aspectos de verdad, de bondad y de belleza.

No se cuida sólo del ejercicio de la inteligencia: cultiva también la sensibilidad y la imaginación.

Todas las facultades humanas, aunque unas superiores a otras, y el hombre perfecto sólo entonces lo será cuando haya llegado a un orgánico desarrollo de todas ellas.

Realmente el que se educa en la obra de arte no corre peligro de sufrir de ninguna clase de tumores intelectuales.

No será tampoco de los que todo el afán de su vida lo ponen en una tabla de logaritmos.

Aunque no sea la más característica de la obra de arte la flexibilidad y ondulación en su manera de proceder.

Consciente o inconscientemente, así lo pensamos todos.

Así se explica que llamemos artista al escritor que se acomoda con naturalidad y agilidad a las ondulaciones del pensamiento, y al hombre de mundo, que pasa como quien no hace nada de los primeros momentos del saludo al curso ordinario de la conversación, y al intérprete musical, que sin fallos de aliento ni violencias de voz cambia y se dobla sin sentirlo a las más diversas armonías.

Flexibilidad de tonos y ondulación en los cambiantes.

Es cualidad artística.

Es también cualidad humana. Por esto último la estimamos.

No estudiamos el arte para ser artistas, ni siquiera para salir escritores, sino para formarnos hombres.

La flexibilidad de tonos es cualidad humana.

Por ella se diferencia el hombre del bruto y se distingue al civilizado del que no lo es.

El bruto reacciona según la línea recta del instinto; el hombre según la ondulada de la libre determinación.

El primitivo se deja llevar sin disimulo de sus afectos; el civilizado se comporta con sofrosine y contención.

Los que dicen que lo artístico para los artistas y lo humano para el hombre, desconocen que la mayoría de las veces lo artístico y lo humano coinciden.



Así es: y educar el sentido de la flexibilidad en el arte es educarlo para la vida.

Con el sentido de la flexibilidad tiene estrecho parentesco el sentido del punto medio.

Quintín Pérez lo retrata magníficamente:

Sentido del punto medio es, dice, ese tino hábil de no repujar los perfiles para no dar en la caricatura, de no avivar los movimientos para no parar en lo grotesco. De no proceder con timidez para no resultar pálido, ni con desahogo para no ser recargado.

Cualidad de difícil acierto.

Una cristalización acelerada e irregular, unas aristas demasiado pronunciadas en la figura, un toque menos seguro en el cincel, un impulso menos regulado en el movimiento... y tenéis ya el mal gusto o la acción indigna.

La educación del sentido del punto medio es importantísima. El arte la da.

Y también da un sentido instintivo para distinguir las acciones justas y las injustas.

Es lo que los griegos llamaban *νέμεσις*, virtud media entre la insolencia y la malevolencia, que al que la tiene hace indignarse de que a uno que no lo merece le salgan bien las cosas, y viceversa, de que al que lo merece le salgan mal.

Ser *καλοκαγαθός* era para los atenienses el ideal de su educación humana.

Lo *νεμεστικόν* era *ἐπαινετόν* y pertenecía a las cualidades que un hombre debía tener para ser denominado.

Hoy, con el predominio que en muchas cosas va adquiriendo la injusticia sobre la justicia, ya no se estima tanto la *νέμεσις*.

No obstante, sigue siendo una cosa muy humana, y los que quieren realizar el ideal humano deben usar los medios conducentes para salir con ella.

Para ello, educarse en las obras de arte.

Como en la vida, así también en la obra de arte, lo que mete fuerza en las cosas y las presta movimiento es la lucha entre la justicia y la injusticia.

En lo mismo está el secreto del interés.

Ahora bien, puede el artista hacer que los intereses encontrados de la injusticia triunfen sobre los de la justicia.

Entonces — dirá alguno — más que educar el sentido moral lo que se conseguirá será pervertirlo.

Así es y eso sucede con muchas obras malas que en todos los tiempos se han escrito.



A pesar de todo, si la obra de arte es como debe ser — y las hay en abundancia — siempre la victoria y la simpatía estarán de parte de las acciones justas y de las personas honradas.

Los griegos y los latinos son en esto modelos.

Lo son también — y en mayor grado — muchísimos autores posteriores, sobre todo cristianos.

En general, si uno no está pervertido, así ha de ser.

Lo demás es violentar la naturaleza de las cosas.

El arte, como la vida, consiste en pulsaciones afirmativas. Las negaciones y las inmoralidades son discordancias que pueden predominar en determinados tiempos, pero no de ley ordinaria y menos en ocasiones definitivas.

La obra de arte despierta en nosotros ansias de infinito y nos incita a la realización de nuestros ideales más íntimos.

No nos hemos de olvidar tampoco de esta propiedad, que en una u otra forma todos atribuyen al arte literario.

Acontece que todos sentimos en el fondo de nosotros mismos una tendencia al ideal y una exigencia ardiente de perfección.

La actitud inicial de nuestra alma es la de dos alas extendidas y dispuestas a volar.

¿Por qué no volamos?

Porque sórdidas y vulgares preocupaciones, ideales bajos y rastreros nos tienen fuertemente adheridos al barro de la tierra.

Avanzamos en la vida a lo largo de un oscuro y ennegrecido túnel: de vez en cuando aparecen rompientes de luz que nos dejan vislumbrar el azul claro de nuestros ideales infinitos.

Vivimos en un mar de estrepitosos ruidos y ronca gritería: en excepcionales momentos reina la serena y transparente calma, que nos permite percibir en el aquí las voces del allá.

Excepcionales momentos luminosos y silenciosos a la vez.

Los que pasamos en contacto con las obra de arte pertenecen a ellos.

No se puede negar que si este contacto se lleva a cabo como se debe llevar, resulta un contacto muy fecundo en frutos humanos. Ideales del amor, de la amistad generosa, del sacrificio desinteresado, de la conducta trasparente y de la vida inmaculada pocas veces los sentimos tan íntimamente como en el estudio de una obra de arte.

Es así y por ser así los educadores y directores de pueblos civilizados exigen a todo trance que la educación artística sea la base de la educación humana.



Se ha comprobado que el gusto de mirarse en el espejo es un gusto general.

Por poco agraciados que sean los rasgos de nuestro rostro, tenemos, sin embargo, ciertas ilusiones que los más crueles desengaños no nos pueden quitar.

- Nos complacemos en la contemplación de nuestro exterior. Más nos complacemos en la de nuestro interior.

Con más impulso vamos al espejo que refleja nuestra alma que al que refleja nuestro cuerpo.

Aquí está la clave de la desmedida afición a los dictámenes grafológicos y a la lectura de novelas psicológicas.

Son espejos de lo interior.

No es raro advertir en los que están leyendo una novela gestos de agradable sorpresa que denotan el haber dado con algo interesante.

Ya lo creo.

¿Qué más interesante para uno mismo que uno mismo?

Pues consigo mismo ha dado el compañero que cerca de nosotros leía la novela.

¡Y con qué regalada satisfacción se mira y se remira, lee y vuelve a leer!

¡Y con qué sonrisa más beatífica hace gestos de aprobación y señales de complacencia!

¿Es esto reprehensible?

No se puede decir de buenas a primeras, como tampoco se puede decir de buenas a primeras que el uso del espejo material es reprehensible.

Según y cómo.

Se hace por mera vanidad, es reprehensible: los motivos son de utilidad, no es reprehensible.

Apliquemos la norma.

La lectura de obras de arte se hace por prurito morboso y manía psicológica, es reprehensible; se hace por el deseo legítimo y moderado de ver reflejados en ella nuestros estados de alma, no sólo no es reprehensible, sino alabable y recomendable.

Mucho peligro tienen de no sacar el fruto deseado los que sólo leen por leer y por el interés pueril de ver en qué para la cosa, pero de suyo la lectura de la obra de arte es una ocupación muy humanizadora.



## CONCLUSIÓN

En el plano en que nos hemos puesto de síntesis y amplitud filosófica, la cuestión pedagógica es de importancia secundaria.

No obstante, por la conexión íntima que entre sí tienen la parte filosófica y la pedagógica, y por lo fácil que es saltar de la una a la otra, diremos dos palabras a manera de epílogo.

¿Qué sistema pedagógico puede con razón ser calificado de humanista?

Todos los formados a base de cualquiera de las técnicas culturales estudiadas.

Y la razón la ve cualquiera que haya leído las anteriores líneas. Las técnicas culturales aducidas tienen todas más o menos valores humanos.

En particular se ha de conceder el título de humanista al sistema de enseñanza científico-natural; por ser el que más extendido se halla en ciertas regiones.

Según eso, ¿es indiferente para la educación humanista cualquier sistema de letras, ciencias o filosofía?

De ninguna manera.

Como se ha podido ver por la valorización humana que a las obras de arte literario hemos atribuido, el mejor sistema de educación humanista es el sistema formado a base de letras.

Y todavía mejor el formado a base de letras, pero completado con las ciencias y coronado con la filosofía.

Las razones que tenemos para pensar así no necesitamos exponerlas aquí, porque en una u otra forma están indicadas y desarrolladas con amplitud en el cuerpo del discurso.

El mejor sistema es aquel cuyo núcleo principal sean las obras de arte literario.

Pero ¿qué obras de arte literario, las nacionales o las greco-latinas?

Ambas pueden constituir un sistema de frutos muy abundantes. Un sistema a base de obras de arte nacionales tiene la ventaja de ser más fecundo, por lo mismo de que se establece un contacto más íntimo de ideas, intereses y sentimientos. Tiene también la ventaja de que nos ofrece la realidad más directa e inmediatamente; nos es conocida la lengua; vivimos las costumbres que se nos describen y hemos visto los sitios y el teatro de los acontecimientos que se nos narran.

Si los artistas del arte nacional son cristianos — como sucede en España — nos dan una concepción del mundo y de la vida tal



cual la necesitamos para llevar una existencia digna de nuestra fe y cual son incapaces de dárnosla los mejores autores paganos.

Tal vez también un sistema de educación a base de obras de arte nacional literario es capaz de un influjo más general, de modo que algunos que por falta de dotación intelectual no aprovechan en las humanidades grecolatinas, aprovecharían sin duda estudiando las obras escritas en la lengua materna.

A pesar de todo, se hace reconocer que también las Humanidades grecolatinas tienen un valor humano por lo menos comparable al de cualquier literatura nacional moderna.

Por de pronto ellas son las únicas que tienen el raro privilegio de juntar la pureza antigua con la perfección moderna. Es privilegio que no se lo atribuyo yo. Personas más competentes lo han hecho antes.

Cito los nombres de M. Croiset, Ulrich r. Utlamovik, Berard, F. Charmot, etc.

Nuestro Menéndez y Pelayo dice lo mismo en carta de 4 de mayo de 1909 a don Luis Segalá:

"Son la "Iliada" y la "Odisea" las dos epopeyas más sublimes del género humano, las únicas de entre todos los pueblos que han llegado a la perfección de este género de poesía, por juntar en sí el ingenuo y primitivo candor de las edades heroicas y el sabio artificio de forma propio de las edades cultas.

Estupendo fenómeno jamás visto en otra literatura que no sea la griega".

Por otra parte, el ser la literatura grecolatina una literatura de lengua para nosotros extranjera, constituye dos valores educativos inasequibles de otro modo.

El primero es una gran gimnasia intelectual a que nos obliga el ejercicio de composición y traducción; gimnasia insustituible.

Cualquier lengua moderna es siempre menos profunda y lógica que las lenguas griega y latina.

El segundo es, que siendo necesario para estudiar las obras de arte grecolatinas un gran trabajo de preparación, se cierra con ello la puerta a todo otro motivo superficial que pudiera impulsar a la lectura de las obras de arte, y por supuesto se evita el interés demasiado egoísta de los que leen no para formarse, sino para deleitarse.

F. Charmot recorre además otras ventajas que hay en las Humanidades clásicas.

Enumerándolas brevemente, se reducen a las siguientes:  
1.<sup>a</sup>, concepción de la vida idealística realista de los autores clásicos;  
2.<sup>a</sup>, ductilidad de las obras de arte clásicas para usar un método profundamente humano; 3.<sup>a</sup>, lenta impregnación de su estudio;



4.<sup>a</sup>, valor pedagógico; 5.<sup>a</sup>, tradición nacional; 6.<sup>a</sup>, unidad internacional que cultivan las humanidades grecolatinas; 7.<sup>a</sup>, razón de que las fuentes cristianas y las fuentes históricas estén en griego y latín; 8.<sup>a</sup>, técnica de la traducción.

Por todo ello, se ve que no se puede renunciar sin más ni más a las Humanidades grecolatinas.

Si se nos pidiera nuestro parecer con miras a un sistema de enseñanza español, responderíamos lo que Charmot responde con miras a un sistema francés:

“Establézcase un programa a base de Humanidades grecolatinas-españolas para una selección de alumnos, edúquese a los demás por medio de un sistema cuyo núcleo principal sean las Humanidades nacionales”.

N. G. CAMINERO.



# PSICOLOGÍA COMPARADA

## EL ALMA ESPAÑOLA

### ARTICULO SEGUNDO

**Y** para que nos demos cuenta de que esos moros no son de trapo, sino de carne y hueso, continúa el poeta diciéndonos que

Mío Cid Roy Díaz, el que en buena hora nasco,  
al rey Fariz tres golpes le había dado;  
los dos le fallan y el uno le ha tomado  
por la loriga ayuso la sangre destellando.

El rey moro, al recibir el tercer golpe del Cid, se marcha desangrándose y con las armas tintas en sangre. No cabe duda que, aunque la espada que manejaba el héroe español no era mágica, pues yerra los dos primeros golpes, debía ser temible e inmunizada contra los encantamientos del enemigo.

El desconocido y españolísimo autor del poema desdeña la amplísima libertad del *quid libet audendi* que Horacio reconocía a los poetas y a los pintores, y ajusta su técnica y su inspiración a las normas severas de un realismo ingenuo y sano. Nada de mixtificaciones, ni de escamoteos de la verdad; nada de fantásticos subterfugios, ni de insólitas y maravillosas intervenciones de la Divinidad. La Geografía, la Topografía, la Cronología del poema son tan reales que ni un momento quedan desdibujadas por la irresponsabilidad estética del poeta. Paso a paso podemos seguir hoy mismo la ruta, tan gloriosa y áspera como segura y bien jalonada, de los héroes, desde Vivar, la bien llorada, hasta Valencia la opulenta. Burgos, Cardena, Espinazo de Can, donde rinden jor-



nada; San Esteban, Alcubilla, Navapalos, Figueruela, donde vuelven a pernoctar; Sierra de Miedes, Atienza, Castejón, etc., etc. Todas estas etapas de la vía triunfal de Ruy Díaz pueden ser hoy holladas, como en tiempos del héroe, por el que sienta la curiosidad espiritual de comprobar hasta qué punto, gracias al crudo realismo del poema y al escrupuloso amor a la verdad del vate cantellano que lo forjó, el tiempo y el espacio se miden con idéntico patrón y se desarrollan con el mismo ritmo en el mundo ideal de nuestra poesía y en el mundo real de nuestra vida normal y corriente.

Tan patente y diáfano como el carácter realista, se manifiesta el sentido religioso. Todo el poema está estremecido por el soplo vivificante de ese espíritu cristiano que constituye la atmósfera que envuelve todas las manifestaciones artísticas de nuestra raza. Desgraciadamente, al código más antiguo le falta el primer folio, y es, por tanto, imposible saber cuáles eran las palabras iniciales que abrían la epopeya. Pero el primer verso de la parte que queda pone el nombre de Dios en boca del héroe y las últimas palabras con que el poeta corona y cierra su obra, después de la muerte del protagonista, tienen el aire sencillo y grave, impregnado de resignación cristiana, que asumen los antifonarios litúrgicos: ¡De Christus haya perdón!

Y entre esos dos sencillos y elocuentes testimonios de fervor religioso que presiden el orto y el ocaso del poema, como las campanadas del Angelus presiden el principio y el fin del día, no hay una sola situación, ni un momento de angustia, ni un instante de alegría, ni una crisis de desesperanza, ni un arrebató de dolor, lo mismo en el fragor horrísono del combate, que en el júbilo alborozado del banquete, que en la calma sosegada de la plática familiar, en que no se aluda a Dios como Razón Suprema de todo lo que existe y acontece, y no se invoque a Jesucristo como Redentor y Salvador del género humano, y no se implore la ayuda de Santiago o la protección de María con palabras tan plenas de ternura y tan henchidas de sinceridad, que el crítico más exigente advierte enseguida que al escribirlas el poeta mojaba su pluma española y cristiana en su propio corazón cristiano y español.

A través de todo el poema, entre las voces ásperas y broncas de los capitanes, sobre el metálico estruendo de los escudos mellados, de las lanzas quebradas, de los yelmos hendidos y las adargas perforadas, que harían del poema una sinfonía bárbara y dura, ingrata para nuestros oídos civilizados, las constantes y sentidas invocaciones a la Virgen María tienen el encanto delicioso de esos



ingenuos estribillos que la musa popular hacía brotar en la Edad Media como un surtidor mágico de la granítica dureza de los tiempos y las costumbres. Esas tiernas y reiteradas súplicas en boca de aquellos feroces guerreros, que a veces las pronunciaban "por el cobdo ayuso la sangre destellando", son como una sonda lanzada a los abismos del alma nacional para ver hasta qué profundas capas ha penetrado en ella el sentido religioso de la vida; y por otra parte, en virtud de la ley del contraste, contribuyen poderosamente a uno de los logros estéticos más completos e indiscutibles del inimitable poema.

Si fuese preciso ilustrar con una viñeta significativa lo que acabamos de decir, elegiríamos al objeto aquella imponderable y conmovedora escena de la despedida del Cid. En San Pedro de Cardena, el venerable monasterio a cuya sombra tutelar iban a quedar su esposa y sus hijas, se reúnen los capitanes y la pequeña tropa del héroe antes de abandonar Castilla la gentil. El abad don Sancho les dice misa, oída la cual montan en sus cabalgaduras. Y llega el dramático momento de la separación. Una emoción profunda y contenida agita las almas, un dolor concentrado y hondamente humano atenaza los corazones. Nada de histrionismo, nada de patéticos gestos excesivos; pero tampoco esa fortaleza, mejor diríamos dureza, sobrehumana con que otras epopeyas extranjeras blindan a sus héroes para hacerlos invulnerables a los afectos puramente humanos. El Cid es, ante todo, hombre de carne y hueso, padre y esposo amantísimo, y el juglar, aun en los momentos de mayor dramatismo no lo deforma, ni lo degrada, ni lo sublima, lo presenta con criterio objetivo y realista, y pone llanto en sus ojos y angustia en su corazón y un amago de debilidad humana en la granítica entereza de su alma. El Campeador

*"llorando de sus ojos, que non vidiestes atal,  
así parten unos de otros como la uña de la carne"*

La emoción es contagiosa; un estremecimiento recorre la escuadra de los guerreros, y es entonces cuando Alvar Fañez, el brazo diestro del Cid, tan pródigo en hazañas como parco en palabras, se cree obligado a intervenir:

*"¿Cid, do son vuestros esfuerzos?...  
Dios que nos dió las almas, consejo nos dará".*

Estas lacónicas palabras salidas de unos labios que habitualmente



sellaba el silencio, son mucho más que una fórmula rutinaria para consolar al triste y animar al abatido; son bastante más que una profesión sincera de fe y un acto viril de esperanza, asumen la altísima significación de un lema nacional, un lema austero y espiritualista que preside y explica el desarrollo de toda la Historia de España. No son los medios materiales y los objetivos terrenos lo que preocupan a nuestros héroes. Es el reino de las almas, el imperio espiritual lo que buscan; y la inspiración divina y el auxilio del cielo los medios conducentes. Sabe muy bien España, como dice el psalmista, que "si el Señor no edifica la casa trabajan en vano los que la edifican"; por eso el soldado español, pobre, descalzo, hambriento, en medio de sus sacrificios y privaciones, no desfallece jamás, porque en todos los tiempos y latitudes escucha allá en el fondo de su alma la austera consigna de aliento y fe que hacía invencibles a las huestes del Cid:

*"Dios que nos dió las almas, consejo nos dará".*

\* \* \*

En el complejo entramado de nuestra psicología nacional — no se olvide que los españoles somos una *raza sintética*, surgida en el laboratorio de la Historia de la fusión de los elementos étnicos más dispares y variados — se destaca como uno de los factores más vigorosos y constantes el espíritu individualista, indócil y rebelde que ya Estrabón atribuía a nuestros compatriotas de su tiempo. Y si al través de todas las vicisitudes históricas de nuestro pueblo cabe seguir paso a paso las huellas ininterrumpidas de algún rasgo de nuestro carácter que nos permita identificar la España de hoy con la España primitiva, ese rasgo es el amor a la independencia, tomando esta palabra en el sentido más extenso que se le puede atribuir.

Esta cualidad única que, como una enérgica y activa levadura, torna nuestro carácter nacional indómito y altivo, lo mismo en las jornadas gloriosas que en los días de infortunio, se orienta generalmente en el sentido negativo de los defectos incorregibles y toma distintos nombres según el punto de vista que adopte el observador. Individualismo, indisciplina, rebeldía, orgullo, terquedad, espíritu crítico, anárquico e iconoclasta, todos estos matices de nuestro temperamento nacional que, según la interpretación clásica de nuestros políticos, son signos inequívocos de impotencia, ineficacia y fracaso colectivo; tal vez algún día a la nue-



va luz de la psicología y de la crítica modernas, sean expresiones de esa enorme voluntad de crear que es en suma toda rebeldía, como perspicazmente apuntó Nietzsche.

Ya hemos visto cómo este inquieto y rebelde espíritu de independencia quedó indeleblemente grabado en toda nuestra producción artística. En cuanto a nuestra literatura, en ella podemos seguir la estela brillante y perdurable que esa altivez hispana va dejando desde sus albores indecisos en los primitivos cantares de gesta hasta las páginas pulcras y miniadas de nuestros contemporáneos.

Lo mismo los juglares, que en la plaza pública solicitaban de su ingenuo auditorio como premio de su recitación "un vaso de bon vino", que los eruditos cultivadores del *mester de clerezía*, que rimaban sus monótonas estrofas de cuaderna vía en el silencio de su celda monacal, tenían del héroe un concepto muy español que difiere notablemente del concepto homérico, del concepto francés o del concepto germánico. Nuestros héroes tienen distinto delineamiento espiritual que los protagonistas de las épocas extranjeras. No pueden, en modo alguno, estar vaciados en los antiguos moldes de Aquiles o de Eneas o en los más modernos de Sigfrido o Roldán. El héroe español ha de ser ante todo un rebelde. Sobre él no se concibe la autoridad acatada y obediencia del Emperador, ni del Rey.

El monje de Arlanza que cantó con entusiasmo de castellano e inspiración de poeta verdadero el "Poema del Conde Fernán González", nos asegura que

*El conde don Fernando, con muy poca compañía,  
mantuvo siempre guerra con los reyes de España.  
Non daba más por ellos que por una castaña...*

Este valiente e indómito conde castellano, forjador de Castilla, que en sus relaciones con sus señores naturales procede con una altivez y una insolencia que allende los Pirineos parecerían inverosímiles, es, no obstante, el prototipo del héroe nacional durante algunos siglos.

Por eso más tarde sigue sus huellas con idéntica fiereza y arrogancia el héroe español por antonomasia, el alma de nuestro Romancero y el guerrero más representativo de la Edad Media: Rodrigo Díaz de Vivar, que después de exigir a su Rey el terrible juramento de Santa Gadea, se niega a besar la mano regia; lo que



le proponía el Rey como un honor, pero en realidad con el afán disimulado de humillar al Campeador. La contestación es enérgica y tajante:

*Por besar mano de Rey — no me tengo por honrado;  
porque la besó mi padre, — me tengo por afrentado.*

Fácil nos sería ir espigando frases y pensamientos en todos los fértiles campos de nuestra literatura épica, lírica, dramática, etcétera, y verter luego nuestras cornucopias repletas de citas en apoyo de nuestra tesis; pero es más fácil señalar al lector cómo desde el rincón aragonés en donde los vasallos se encaran con el monarca para recordarle en la fórmula de consagración: “*Nos, que valemos tanto como vos, y todos juntos más que vos...*” hasta el otro extremo de España, allá en las Extremaduras, donde un regidor enérgico y amante de las franquicias municipales, manda ahorcar *motu proprio* y con muchísimo respeto, eso sí, a un capitán del Rey, pasando por ambas Castillas, donde las sombras de Padilla y Maldonado evocan trágicamente ese anhelo febril de independencia y esas ansias inextinguibles de libertad, no hay una región, ni una ciudad, ni siquiera una aldea que no haya sido estremecida repetidamente por esa ráfaga inquietante de rebeldía que es como el aliento vivificador de nuestra Historia.

Y, no obstante, erraría profundamente el que, dejándose llevar de estas apariencias y sin buscar en zonas más profundas de nuestra alma, ni detenerse a interpretar las reacciones enérgicas y violentas de nuestro carácter, se apresurara a establecer como un dogma intangible que “el español es rebelde por naturaleza y que su selvática fiereza lo convierte en un ser inadaptable a las instituciones sociales de nuestros días”.

En esta categórica afirmación que algunos sedicente psicólogos no han vacilado en formular, no solamente hay una exageración intolerable, sino una visión completamente equivocada y falsa de la realidad de nuestra Historia y de nuestro carácter.

Junto a los testimonios anteriormente aducidos en favor de nuestro temperamento insumiso y discolo, podemos presentar otros, tan fehacientes y autorizados, que prueban precisamente las cualidades y virtudes opuestas. Así, en el poema de Fernán González, que pudiera considerarse como la apología de un rebelde, nos encontramos con aquella conmovedora escena de fidelidad y acatamiento en que los nobles guerreros castellanos viéndose sin



su caudillo, que estaba prisionero, se proponen tallar una estatua del conde, jurarle adhesión inquebrantable y llevarla siempre en un carro al frente de las tropas:

*“Fagamos señor de una piedra dura  
semeiable al buen conde y de su mesma fechura.  
A aquella imagen fagamos nosotros yura...”*

Esta incondicional adhesión, esta fidelidad insobornable e impresionante que los espíritus mezquinos, incapaces de sentirla y de comprenderla, llaman fetichismo cuando se ofrenda a un hombre, como en la cita anterior, y fanatismo cuando es homenaje a una idea, como en el caso de nuestros innumerables mártires, no es una excepción, ni una actitud ocasional y fortuita en nuestros antepasados; constituye, por el contrario, la médula de nuestra Historia, y padece una grave miopía o un estrabismo incurable el que no acierte a ver cómo sobre el vetusto e inmenso alcázar de nuestras más puras glorias históricas flamea constantemente la bandera de la más acrisolada lealtad.

En el Mío Cid, donde se exalta la figura altiva e indomable de un vasallo desterrado por su altanería ante el Rey, las alusiones respetuosas, los homenajes verbales y reales, los presentes y donativos al monarca aumentaron a medida que aumenta el poder y las riquezas de Rodrigo, y no piensa éste jamás en vengarse porque su conciencia de español le advierte:

*“que venganza de vasallo  
contra Rey, traición parece”.*

Tanto el Campeador, como Pedro Crespo, como todos los españoles, nobles o plebeyos, soldados o labradores, a pesar de su altivez y de su soberbio empaque, están acordes en reconocer que

*Al Rey la hacienda y la vida  
se ha de dar.*

Y si no se le debe sacrificar también el honor es porque *“el honor*

*es patrimonio del alma,  
y el alma es sólo de Dios”.*



Y no se crea que todo esto no pasaba de fraseología huera y de alambicados y sutiles conceptos de cortesanos y literatos, sin influjo apreciable en la vida práctica y en las costumbres de la época. Don Pedro González de Mendoza, rimador de bellos romances y héroe de Aljubarrota, viendo en lo más recio de la batalla la crítica situación del Rey, su señor, acosado por sus enardecidos enemigos le ofrendó su caballo y su vida:

*"Si el caballo vos han muerto  
aquí tenéis mi caballo..."*

El Rey le aceptó el caballo y se salvó; los enemigos le quitaron la vida y en cambio le otorgaron la inmortalidad.

Este típico ejemplo de fiera lealtad y de fervorosa y entusiasta adhesión que sacrifica gustosa la vida por salvar la persona, la institución, o la idea, se repite, *mutatis mutandis*, desde el holocausto sublime de Numancia hasta la actual gesta heroica de nuestro pueblo; y es difícil encontrar una página de nuestra Historia que no esté agitada por una ráfaga ardiente de fidelidad inalterable o por un turbión de sangre vertida en defensa de una idea.

Pero lo que sorprende más aún es contemplar cómo el español, en su épica lealtad a los principios o a las personas, llega a sacrificar algo que para él es de más valor que su propia vida, y que constituye el estrato más profundo y consistente de su alma, el resorte más poderoso y dinámico de su espíritu: su feroz individualismo, su olímpica y orgullosa insolidaridad. Renuncia al Rey o al Emperador que lleva dentro de sí mismo, y se funde y se confunde en el apretado haz de los que defienden lo que él defiende y de los que mueren por lo que él muere.

Así reacciona España, la individualista y anárquica España, cuando siente holladas sus legítimas libertades, vejados sus hijos y atropelladas sus leyes. Y es inútil que se intente entonces resquebrajar el bloque granítico que se forma; pierden el tiempo los que confían en el halago, en el soborno o en la amenaza para disolver lo indisoluble

— "¿Quién mató al Comendador?"

— Fuenteovejuna, señor.

— ¿Y quién es Fuenteovejuna?

— ¡¡Todos a una!!"



Este grito majestuoso y viril de todo un pueblo unido ha sido la magnífica respuesta de España a sus confiados e incautos enemigos. Si Napoleón, en lugar de confiar en el tópico engañoso de nuestra insolidaridad y nuestro individualismo, hubiera conocido más a fondo nuestro carácter verdadero, las águilas imperiales francesas, que habían cruzado orgullosas el cielo de toda Europa, tal vez no hubieran pasado por el bochorno afrentoso de cruzar los Pirineos alicaídas y humilladas.

\* \* \*

Hay, pues, en el complejo carácter español dos poderosas fuerzas divergentes: una que lo arrastra hacia una libertad exagerada, anárquica e incontrolable, y otra que lo sujeta a la institución, a la idea o a la persona con la áurea e irrompible cadena de una fidelidad a toda prueba. Una fuerza centrífuga que lo lanza hastiado e indiferente lejos de las ágoras y de los sanhedrines donde se debaten los asuntos públicos, y otra fuerza centrípeta y atractiva que lo saca de su morbosos individualismo para convertirlo en eslabón de una cadena con la que se amarra al Destino, o en brasa de una hoguera que recibe y da calor a las otras brasas hermanas.

Este dualismo aparente, estas paradójicas y contradictorias manifestaciones del espíritu español, que ora se nos presenta rebelde y en desdeñoso aislamiento, ora disciplinado y abnegadamente fundido en una aspiración común, por extraños e inexplicables que a primera vista parezcan, tienen una interpretación clara y sencilla. Si buceamos un poco más en el alma de nuestro pueblo y rastreamos en el espeso jaral de nuestra literatura en busca de la clave, la encontraremos pronto.

Tal vez esa clave que nos explique satisfactoriamente la doble y autogónica reacción de nuestra raza a lo largo de la Historia, está contenida en aquella lacónica y significativa frase con que los afligidos burgaleses despedían al Cid cuando partía para el destierro:

*“¡Dios, que buen vassallo si oviesse buen señore!”*

El español ha sido vasallo leal y disciplinado siempre que ha tenido la suerte de tener un señor digno de él. Y esto es tan claro, tan evidente, que no necesita demostración; pero al propio tiempo hay pasajes históricos tan oportunos y adecuados que no podemos



resistir la tentación de comentar alguno en confirmación de lo que acabamos de decir.

Al empezar el último tercio del siglo xv, el espectáculo que ofrecía España no podía ser más bochornoso y desconsolador: la magna empresa de la Reconquista, paralizada; los reyes desobedidos y groseramente ultrajados por sus vasallos; los nobles luchando entre sí con ferocidad, deponiendo al rey en medio de grotescas ceremonias y de burlas calumniosas, y compartiendo con los bandoleros el botín de sus frecuentes correrías; el pueblo vengándose de tanto atropello con sus "Coplas del Provincial" y "Coplas de Mingo Revulgo", libelos infamatorios donde con las palabras más feas y soeces del idioma se arroja cieno sobre todos los personajes de la corte; anarquía, desorden, desvergüenza, ruina...

No pasan treinta años, aun alienta la misma generación, y el panorama nacional es absolutamente distinto: Hay autoridad, orden, prestigio internacional y bienestar económico. En el interior, trabajo fecundo, unión inquebrantable y paz confiada; en el exterior, guerras victoriosas, trofeos y conquistas, y el Imperio español desbordándose pletórico de fuerza y juventud, por el Este sobre la vieja Italia a través del *Mare Nostrum*, y por el Oeste sobre la virgen América a través del misterioso Atlántico...

¿Qué es lo que ha pasado en tan poco tiempo? ¿Cómo se ha obrado el milagro? Sencillamente: un cambio de Soberano. En lugar de un hombre indeciso y débil, ocupa el trono una mujer fuerte, como aquella de que nos habla la Biblia; en lugar de Enrique el *Impotente*, está Isabel la *Católica*. El pueblo español ha encontrado un *Señor* que considera digno de él, y se convierte súbitamente en el más entusiasta y leal de los vasallos, y sigue enardecido a su persona idolatrada hasta los muros de Granada, meta de milenarias aspiraciones, y sigue infatigable sus banderas victoriosas a través de los mares y de los mundos...

Esta misma adhesión fervorosa, esta infatigable constancia, demuestra el espíritu español en todas las empresas, con la condición previa de que ha de juzgarlas dignas de su esfuerzo.

En aquel tiempo peregrinaba por las cortes europeas un hombre singular a quien los cosmógrafos y teólogos consideraban como un visionario presa de una originalísima y simpática alucinación. Ofrecía, a cambio de una pequeña ayuda, algo más valioso y más escondido que el mitológico vellocino de oro: una ruta misteriosa para las Indias, tal vez tierras desconocidas henchidas



de fantásticos tesoros... En Italia, en Francia, en Portugal, lo habían escuchado comisiones científicas que, maravilladas de tan utópicos proyectos, lo despedían con palabras amables y con una ambigua sonrisa que bien pudiera ser de simpática compasión... Su fortuna quiso que un buen día pisara suelo español. Aquí la ciencia náutica no había avanzado tanto como en Portugal, la Cosmografía estaba más atrasada que en Italia; pero ello no fué obstáculo. Si con los sabios extranjeros no pudo entenderse de cerebro a cerebro, con los españoles se entendió perfectamente de corazón a corazón. La empresa era grande, la empresa era hermosa y era santa, luego... ¡era posible! Colón tuvo naves y tuvo hombres.

Siguiendo anhelantes la ruta del sol, proa a la gloria y a la quimera, navegaban intrépidos los nautas hispanos. Su entusiasmo, supliendo al viento, llenaba las velas y empujaba las naves; pero los días largos de agosto pasaban y pasaban en procesión monótona y eterna; ya contaban por semanas. De día en día el cielo parecía más adusto y el mar más hosco y más inmenso. Entre los dos abismos del cielo y del mar, cada vez más herméticos y silenciosos los navegantes, empezaban a asfixiarse. Pasaban las semanas y tras ellas los meses... Eran héroes; pero eran hombres. En el corazón del genovés empezó a morder la duda como una sierpe ponzoñosa y se oyó sobre las aguas, como vestigio de un moral naufragio, la voz angustiada y vacilante de Colón: "¿Qué faremos que mi gente muestra mucha queja?" Y luego, firmísima y autoritaria, la respuesta españolísima de los Pinzones: "¡Seguir adelante!"

Este magnífico temple de alma, esta firmeza española ante el peligro y la muerte, exigía una recompensa y la obtuvo. El mismo Dios que premió la fe abnegada de Abraham haciéndolo padre de un gran pueblo, premió también la fe sublime de España haciéndola madre de un gran Mundo...

Y el milagro se hizo — que no lo olviden críticos e historiadores —, no por capricho del acaso, sino por obra y gracia del carácter español, que algunos han calificado de versátil, anárquico e inconstante!

JUAN SAZ RONCO.

(Continuará).



# LA PEDAGOGÍA DEL DOLOR

## EL DOLOR PERFECCIONA AL HOMBRE

### II

*El hombre entra en posesión de la felicidad por un acto de humildad.*

**E**L estado de felicidad no es, sino el reposo del alma en Dios, objeto de su felicidad plena. El placer, no es la felicidad; la misma alegría no es la felicidad. Esta es un estado eternamente sereno y descansado de infinita paz. La felicidad es la plena posesión del bien; el hombre entra en posesión de esta felicidad por un acto de humildad.

La humildad es el único medio para alcanzar este venturoso estado; ¿qué será, pues, la humildad?

La humildad es una "manera de ser" exacta, verdadera, no ficticia, y esta manera de ser no se realiza sino mediante una manera de obrar con arreglo a la propia naturaleza humana y con la dirección hacia el último fin de la vida.

Solamente, pues, obrando de este modo, se adquiere esta manera de ser. Cuando se ha adquirido completamente este carácter de ser verdaderamente humilde, es cuando se entra en posesión de la felicidad.

Copiamos del Maestro: "En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños — en la sencillez e inocencia — no entraréis en el reino de los cielos" (1).

¿Y cuándo un hombre se hará sencillo y humilde como un niño? Cuando tenga en el obrar la pureza de intención de un niño.

Para que el hombre adulto llegue a este grado de humildad, tiene que recurrir al sacrificio, y aquí ya no se trata de discutir la dificultad de la humildad, alcanzada sólo mediante este sacri-

(1) San Mateo. Cap. XVIII-3-4.



ficio, sino la necesidad de la humildad para llegar a entrar en posesión definitiva de la felicidad.

Cuando el hombre en su obrar no busca realizar su último fin, el fin para que ha sido creado por Dios, que es la glorificación del mismo Dios, obra, buscando su provecho propio, el gusto del propio "yo". Esto es sencillamente soberbia. Es el sacrificio de todas las tendencias vitales al propio "yo".

Habrà, pues, siempre en esta misma manera de obrar, más o menos desorden. A veces, esta manera de ser desordenada será grave, pero mientras haya desorden, aunque leve, será esto lo suficiente para que el ser humano no alcance la felicidad perfecta.

Solamente se alcanzará ésta, por un conocimiento verdadero de la sumisión que el sujeto hombre debe tener respecto a las leyes que le armonizan, que le unifican, que le perfeccionan. Mas este conocimiento de la "verdad de su fin" es la humildad que tiene que llegar a ser práctica por los actos humanos y solamente por un acto unificador continuado y doloroso de la vida orientada hacia esta perfección llega el hombre a entrar en posesión de la felicidad.

*La humildad no se alcanza sino por la negación del propio "yo".*

Y dice el Maestro: "Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo de vuestras almas" (2).

"Si alguno quiere venir en pos de Mí — y tener parte en mi gloria — renúnciese a sí mismo, y lleve su cruz de cada día y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida — abandonándose a Mí — la perderá; cuando al contrario, el que perdiere su vida por amor de Mí, la pondrá en salvo" (3).

La humildad de Cristo, no se alcanza sino tomando el yugo de la ley que Cristo impone para llegar al reposo del alma, a este reposo que hemos definido como la felicidad suma.

Mas si la primera sentencia fuera incompleta, está la segunda. "Renunciarse a sí mismo", tomar la cruz del dolor y seguir a Jesús en negación de propios apetitos desordenados. He aquí

(2) Idem. Cap. XI-29.

(3) San Lucas. Cap. IX-23-24.



la *única forma de alcanzar la humildad*, a saber: la negación de los propios apetitos desordenados.

¡Qué contraste! Quien quiere vivir gozando su propia vida, voluntariamente desordenada, ese perderá la vida; por el contrario el que es humilde, el que renuncia voluntariamente a su capricho, el que armoniza y orienta todas sus tendencias hacia su fin último mediante las leyes que armonizan la vida humana, ese se salvará, ese será eternamente feliz.

Este renunciamiento en provecho de alcanzar la humildad perfecta es duro; produce dolor, pero no aquel "*dolor absoluto*", que dijimos anteriormente que era el "*mal absoluto*", si no produce este otro dolor parcial, subjetivo, del sacrificio de las partes al todo, dolor que unifica, que ennoblece y que perfecciona; dolor tonificante, estimulante, que hace vivir. Este no es otra cosa que el continuo ejercicio doloroso y virtuoso del asceta... que es duro, es cruz pesada, con las espinas y los clavos, es el dolor que sufrió el Maestro, y que nos invita a sufrirlo si queremos llegar hata El..., y hay que pasarlo. Es medicina amarga, pero es lo único que salva. No se puede llegar a la humildad sin el renunciamiento del propio yo. Es el sentido ascético de la vida que dijera José Antonio.

Cedo un momento el puesto a un Maestro de ascética cristiana — única pedagogía que pretendemos — el cual da los consejos y avisos para la perfecta humildad.

Después de haber recomendado la lectura de la vida de Jesucristo para su imitación, invita a ordenar las cuatro pasiones naturales: Gozo, Esperanza, Dolor y Temor, de cuya pacificación salen todos los bienes, de la siguiente forma: después de haber recomendado, no lo sabroso sino lo desabrido, no lo gustoso sino lo que no da gusto, y de inclinarse más al desconsuelo que al consuelo, a lo trabajoso en cuenta del descanso, lo menos a cuenta de lo más y buscar siempre lo peor de las cosas para entrar en la pobreza de espíritu verdadera por Cristo, de "*todo cuanto hay en el mundo*" y aun más, para llegar a mortificar "la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida, que son las tres cosas que llenan el mundo" (4), dice el Santo Doctor:

"Procurará obrar en su desprecio y deseará que los otros lo hagan, y esto es contra la concupiscencia de la carne.

(4) Epístola de San Juan.



Lo segundo, procurará hablar en su desprecio y deseará que los otros lo hagan, y esto es contra la soberbia de los ojos.

Lo tercero, procurará pensar bajamente de sí y de sus cosas y deseará que los otros lo hagan contra sí, y esto es contra la soberbia de la vida".

.....

En esta desnudez halla el espíritu su "*quietud y descanso*"; porque no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada le oprime hacia abajo porque está "*en el centro de su humildad*", porque en cuanto algo codicia en eso mismo se fatiga y atormenta" (5).

### ***Lección práctica a cargo del Maestro***

¿Queréis un resumen claro y conciso, una confirmación de lo expuesto en este artículo?

El Maestro os contará un caso con una sencillez encantadora; la parábola del hijo pródigo, que la expone San Lucas en su capítulo V.

Tan magistral es la exposición de la parábola que no hay corazón humano que sienta, que no le asomen las lágrimas a los ojos.

Pero es lección que viene muy a cuento, porque en este caso del pródigo, el dolor y sólo el dolor de verse enfermo, muerto de hambre y lleno de miseria — dolor subjetivo y parcial — fué el resorte que a aquel hombre "*le hizo humilde*", unificó su vida deshecha en una resolución que le hizo empezar a vivir verdaderamente como persona, y ésta fué una resolución llena de humildad: "me levantaré, dijo un día, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí; ya no soy digno de ser hijo tuyo; permitidme sea uno de tus jornaleros".

¡Qué humildad! y producida por un estado afectivo de aplanamiento, de hastío, de debilidad física y moral, de dolor... ¡qué diferencia de aquellos días rosados cuando aquel joven gastaba su hacienda con meretrices y amigos disolutos y bebía a grandes sorbos el placer escanciado en la copa dorada de su juventud!

Y ¡qué encuentro luego con el padre que lo espera!... "Padre" — comienza el hijo —. No puede sin embargo terminar; un abra-

(5) San Juan de la Cruz. Subida al Monte Carmelo. Libro I, cap. XIII



zo y muchos besos mojados en lágrimas tiernas y dolorosas es el punto culminante del perdón alcanzado por la humillación del propio yo soberbio de hijo disoluto a padre complaciente y amoroso.

Leed maestros y padres de familia esta parábola y estudiad en ella. El Cristo es el Maestro Eterno, que nos ha enseñado la pedagogía del dolor rubricándola y sellándola con su preciosa sangre, derramada hasta la última gota sobre el gran libro de toda la tierra "regenerada con la sangre del Cordero Inmaculado", y aquí está el triunfo de su Pedagogía; en el dolor: "Cuando yo fuere levantado en alto o crucificado atraeré a Mí todos los pueblos de la tierra" (6).

Conste, pues, que esta pedagogía que defendemos es puramente cristiana, enseñada, recomendada y practicada por el mismo Jesucristo y realizada por El con una perfección divina.

No nos resta a nosotros, sino aprender y practicar porque somos cristianos.

CRISANTO GAY BERGES

---

(6) San Juan. Cap. XII-32.



# Un método de enseñanza

**S**e ha repetido hasta la saciedad que cada maestrillo tiene su librito. Lo cual quiere decir que cada maestro tiene su modo de enseñar o su método.

Claro es que esto resulta verdad hasta el presente, porque al enseñar se pone poca atención en el alumno y en el fin de la enseñanza. Divaga cada cual según sabe y entiende. El resultado es que los niños listos aprenden más que los torpes—verdades de Pedro Grullo—; que todos aprenden algo con cualquier método—lo mismo aprenderían sin enseñarles por la recepción natural de la actividad psíquica—.

Hoy es una de las cosas que deben enterrarse en el panteón del olvido lo del método analítico y el método sintético. La escuela en la nueva cultura que deviene no debe tener la preocupación del enseñar, sino la de educar enseñando y la de aprender educando.

En otras palabras. La Escuela no debe poner su atención final en el desarrollo de la inteligencia, sino en el desarrollo ordenado de la voluntad. Hombres buenos en vez de hombres sabios, porque el que es bueno es sabio a la vez. No se da siempre la inversa.

Por eso, la educación intelectual, que ha sido la única preocupación de la escuela—y sigue siendo en el mundo, porque en nada ha cambiado excepto en Alemania e Italia—debe trocarse por la educación de la voluntad para llegar al autodomínio, que en resumidas cuentas es lo que llaman la formación del carácter.

Esto mismo se dice en libros, artículos y discursos, pero prácticamente nada acusa que se marcha en ese sentido.

Para llegar a ello, no hay más que un método, un camino, unos medios y un procedimiento. Por consiguiente, cada maestrillo debe tener el mismo librito, porque no hay otro. Se echa de ver, por consiguiente, que como la finalidad de la escuela en la nueva cultura difiere de la anterior, no es adaptable la pedagogía que nos han enseñado en las Normales y en los libros que han divulgado.

El único método aludido es el empleado por el Maestro Unico, educador de los siglos, Nuestro Señor Jesucristo.

Hasta ahora, nadie, que nosotros sepamos, se ha preocupado de buscar y ahondar en el método didáctico, empleado por Jesucristo. Pero observando el fracaso de todos métodos filosóficos y lógicos en toda clase de enseñanza, y atendiendo al sentido imperial de catolicidad cristiana como el destino de España, es forzoso que nos preocupemos de estudiar a fondo ese método admirable, profundo, científico y sencillo a la vez, que nos da como resultado la perfección, que es la verdadera educación. En sucesivos números procuraremos hacerlo.



a  
SECCION

TECNICA



LA PERFECCIÓN NO CONSISTE EN SER SIEMPRE Y EN TODA CIRCUNSTANCIA DE UNA MISMA MANERA, SINO EN SER, EN CADA C/ SO, COMO LA RAZÓN, ORDENADA Y REGIDA POR LA LEY DIVINA, PIDE QUE SEAMOS.



# Cualidades del niño español

## Generalidades

**Q**UIEN conozca a fondo las escuelas de Europa habrá advertido que el niño anglosajón, holandés, germano, danés y escandinavo, es completamente distinto del niño latino. La diferencia entre éste y el del Norte se aprecia perfectamente en las escuelas belgas, a las que por lo general asisten los niños de la Walonia y niños de Flandes. Sin ser sensible apenas la diferencia de paralelo entre una y otra zona, el producto humano responde a características completamente distintas, de Norte a Sur.

El niño eslavo está más cerca del latino que del nortño. El niño griego se entronca mejor con Occidente que con Oriente; en cambio ocurre lo contrario con el niño turco.

*Mahomet ben Acmet, director de una Graduada de Fatih Carshamba, en Estambul, me hablaba de los esfuerzos de Mustafá Kemal Pachá para desgajar a Turquía del tronco asiático. Cien maestros turcos formados en Austria llevaron a Turquía "el aire nuevo", es decir, el de Europa. Visité la escuela de Estambul, admiré los trabajos infantiles encaminados todos ellos a la incorporación del alma turca en la civilización occidental, pero encontré unos niños apagados, soñolientos y pacientes, en nada distintos a los de las escuelas marroquíes.*

La diferencia entre los niños del Norte y Sur de España no está tan acusada como la de los correspondientes de Francia. Y, en fin, los niños de Italia están más próximos a los españoles que los franceses; cosa que no ocurre con los del Sur de Suiza.

No corresponde a este libro definir las características de los



# Cualidades del niño español

## Generalidades

**Q**UIEN conozca a fondo las escuelas de Europa habrá advertido que el niño anglosajón, holandés, germano, danés y escandinavo, es completamente distinto del niño latino. La diferencia entre éste y el del Norte se aprecia perfectamente en las escuelas belgas, a las que por lo general asisten los niños de la Walonia y niños de Flandes. Sin ser sensible apenas la diferencia de paralelo entre una y otra zona, el producto humano responde a características completamente distintas, de Norte a Sur.

El niño eslavo está más cerca del latino que del nortño. El niño griego se entronca mejor con Occidente que con Oriente; en cambio ocurre lo contrario con el niño turco.

*Mahomet ben Acmet, director de una Graduada de Fatih Carshamba, en Estambul, me hablaba de los esfuerzos de Mustafá Kemal Pachá para desgajar a Turquía del tronco asiático. Cien maestros turcos formados en Austria llevaron a Turquía "el aire nuevo", es decir, el de Europa. Visité la escuela de Estambul, admiré los trabajos infantiles encaminados todos ellos a la incorporación del alma turca en la civilización occidental, pero encontré unos niños apagados, soñolientos y pacientes, en nada distintos a los de las escuelas marroquíes.*

La diferencia entre los niños del Norte y Sur de España no está tan acusada como la de los correspondientes de Francia. Y, en fin, los niños de Italia están más próximos a los españoles que los franceses; cosa que no ocurre con los del Sur de Suiza.

No corresponde a este libro definir las características de los



niños no españoles; nos interesa saber cuáles son las cualidades de los nuestros, aunque en ocasiones los comparemos con los extranjeros.

### Viveza

Se habla de la precocidad del niño español como de una anticipación de la naturaleza, que luego sufre el consiguiente retardo. En otro libro he explicado este hecho, que no es siquiera un fenómeno (1). El niño español es vivo, avispado, despierto. Esta viveza no es precocidad: es modo de ser natural, antes y después de los años escolares. Y es modo de ser natural porque con tal cualidad no hace sino responder a nuestras más definidas esencias raciales. Viveza de comprensión y de realización son fenómenos de orden intuitivo. Los españoles vemos rápidamente o no vemos. Todo lo que en otros hombres es un proceso, en nosotros es un relámpago. La frase tan corriente de que los españoles "obramos por corazonadas" es perfectamente exacta, ya que en última sustancia quiere decir que no pensamos ni resolvemos con la razón discursiva, sino con la sensibilidad. Así nuestra vivacidad es cosa de nervios y temperamento, y con unos y otros hemos hecho todo lo grande, bueno o malo, que constituye nuestra historia. Si para realizar todas nuestras hazañas históricas, desde la Reconquista a la lucha contra el marxismo europeo, nos hubiéramos detenido a meditar en la desproporción entre la magnitud de la empresa y nuestros medios para realizarla, si hubiéramos pretendido resolver el problema como se resuelve una ecuación matemática, no lo hubiéramos intentado siquiera, porque nos habríamos dado cuenta de que la solución era imposible. ¿Cómo es posible "que dos más dos sean cinco"? Y sin embargo "cinco" han sido cuantas veces nos lo hemos propuesto. Cuando Magallanes murió en el archipiélago filipino, un inglés cualquiera que lo hubiera acompañado, habría pensado detenidamente en su propiety conveniencia; se habría instalado en la costa de Borneo, habría establecido una factoría, y al final, fundado una colonia *ad maiorem Britanniae Gloriam*. En cambio Juan Sebastián Elcano no dudó un momento, tal vez no pensó siquiera. A la orilla del mar tenía atracado su cascarón de nuez; el mar le pareció pequeño, podría con él y sobre él triunfó luego de tres años de brega.

(1) Véase «Hacia la Escuela Hispánica», por Aranda, Barea y Onieva.



De la vida pensante y razonadora que pudiera ser patrimonio de los seres humanos, nos sobran tres cuartas partes; nos basta con la otra cuando parte hecha de intuición rápida y creadora. Así son nuestros niños: intuitivos, vivos, sagaces. Todo prolijo razonamiento para explicarle un concepto corriente le aburre, porque en su mundo interior ha dado un salto resuelto de principio a fin. A un niño alemán le parece natural que se le razone un teorema geométrico. Para un niño español la mitad de la geometría no necesita demostración; le basta la "mostración", y no se explica por qué hay que razonar que la cuerda mayor está más cerca del centro que la menor. Quizá para algunos esta flojedad de razonamiento es un defecto español. ¡Tanto valdría decir que es un defecto sueco la falta de intuición creadora! No es un defecto; es sencillamente un modo de ser, como lo es la dolicocefalia o la braquicefalia. Cada pueblo se realiza con sus privativas cualidades, y no por eso es superior o inferior a otro pueblo cualquiera. Para escribir "La Divina Comedia" no necesitó el Dante saber geometría tetradimensional, ni, aunque la hubiera sabido, le habría resultado la obra más portentosa. Basta leer el libro de Ramón y Cajal "Consejos al principiante en investigación biológica" para advertir que la iniciación de sus descubrimientos fué cosa de intuición. "No hay máquinas de discurrir", dice el mismo histólogo. Efectivamente: ni el "Organum" de Aristóteles, ni el "Novum Organum" de Bacon, etc., etc., han servido para gran cosa. No sólo no hay máquinas de discurrir, sino que hay quien no necesita discurrir para ver rápidamente con claridad.

Viveza equivale a agilidad de comprensión. A un niño norteno no se le puede explicar un concepto por medio de una metáfora irónica, porque se queda en el sentido directo e inmediato de éste y no en la intención encubierta. La mente española da rápidamente el salto de trampolín y sin curarse de la imagen inmediata, capta el cogollo de la intención.

El extranjero del Norte es obtuso y concienzudo. Para comprender del todo necesita una prolija reiteración y es necesario que la idea o el dato le quede, en el cerebro hincado, martillado y remachado. Lo que entre nosotros es suficiente con menos de media palabra, allí exige la palabra entera y aun repetida con enfado. Por eso los nortenos son pacientes y nosotros impulsivos.

En cierta ocasión hacíamos una excursión embarcados desde Estocolmo a Salsjöbaden, Manuel Orbea, agregado comercial a la



Legación, y yo. Al desembarcar en la primera isla, íbamos los viajeros uno a uno entregando nuestro billete al empleado, situado al final de la pasarela. Delante de nosotros salió un respetable burgués que lo mismo podía ser profesor en Upsala, que vendedor de aparatos eléctricos en Vasagatan. Sostuvo con el empleado una conversación que no bajaría de cinco minutos de duración, mientras todos los demás viajeros, puestos en fila india, esperábamos la terminación del diálogo.

Cuando salimos a tierra firme, me preguntó Orbea:

— Sabes lo que han hablado?

— No: no les he entendido.

— Pues, apunta, porque es formidable:

— “¿A qué hora regresa este barco a Estocolmo?”

— A las seis y media.

— ¿Dice usted?

— Que a las seis y media.

— ¿De modo que a las seis y media vuelve?

— Sí, caballero, a las seis y media.

— Muy bien; con que a las seis y media.

— Efectivamente, a las seis y media.

— Está bien; hora fija; las seis y media.

— Hora fija, sin duda.

— Bueno, pues, vamos. Con que... quedamos que a las seis y media.

Etc., etc., etc.”

El lector creará que el empleado contestaba con ironía. Nada de eso. Todas las respuestas fueron dadas natural y concienzudamente.

Dícese, asimismo, que esta viveza española sólo se manifiesta en las cuestiones elementales, pero que etc., etc. Bien ¿y qué son cuestiones elementales? Porque nosotros afrontamos con nuestro modo de ser todas las que nos salen al paso. Empíricamente hemos descubierto y averiguado todo lo que nos hemos propuesto. Nebrija midió un grado terrestre cuando apenas sabía nadie de la redondez de la tierra; Fines fué el inventor del *nonius*; Alonso de Santa Cruz trazó el primer mapa de las variaciones magnéticas; Jerónimo Muñoz destruyó todas las ideas reinantes sobre los cometas y creó otras que no han sido modificadas; Eduardo de López fué plagiado por Mercator en sus tablas sobre las costas africanas; Juan de la Cosa trazó el primer Mapa Mundi; Acosta descu-



brió las cuatro líneas sin declinación de la superficie terrestre; Martín Cortés lanzó la hipótesis de que el polo magnético no coincidía con el terrestre; Felipe Guillén descubrió la brújula de declinación; Vieta fué el padre del álgebra, y así podríamos hacer interminable este libro.

Escribía Humboldt: "Cuando se estudian seriamente las obras originales de los primeros historiadores de la conquista de América, sorpréndenos encontrar en los escritores españoles del siglo XVI, el germen de tantas verdades importantes en el orden físico... Interrogáronse acerca de la unidad de la raza humana sobre las alteraciones que ha sufrido el tiempo común y originario; sobre las emigraciones de los pueblos y afinidades de las lenguas más semejantes en sus radicales como en sus formas y flexiones; sobre la emigración de las especies animales y vegetales; sobre el decaimiento progresivo del calor, ya que se ascienda por la pendiente de las cordilleras, ya que se sondee en las capas de agua superpuestas en las profundidades del Océano, y finalmente, sobre la acción recíproca de las cadenas de volcanes y su influencia relativa a los temblores de tierra y la extensión de los círculos de quebrantamiento".

Esto puede ser ciencia española, pero antes es genio español, que siembra dejando que otro más paciente y mejor dispuesto, extraiga el fruto. Nosotros hemos preferido enfrentarnos con la naturaleza y la vida para dominarlas, enseñorearnos de ellas y mostrar el ejemplo a los demás. Más que las cuestiones científicas son las vitales, las que pone en juego nuestra viveza, y esto mismo ocurre con nuestros niños. Toda cuestión de ciencia pura nos obliga a un esfuerzo de violencia sobre nosotros mismos; llegamos al fin, pero a prueba de desgarrones. En cambio, vamos a las empresas de dominio sobre la naturaleza y la vida jubilosamente y con el ánimo ligero. Nuestros mejores publicistas cultivan el ensayo que no es rigor científico, sino visión subjetiva y libre sobre personas y cosas en torno. Probablemente en este punto no tenemos rivales en ninguna latitud.

La agudeza infantil se manifiesta en el gusto por la lección a viva voz y no por la permanencia sobre un texto. Un niño nuestro está siempre dispuesto a oír, porque en la palabra hablada puede interferir con sus observaciones y ocurrencias. A solas y sobre un cuaderno en blanco, lo corriente es que pierda el tiempo. No diré que tal cualidad sea una virtud, y el maestro hará bien en acostumar a sus discípulos a fijar su pensamiento por escrito. Lo



que quiero expresar es que de acuerdo con la viveza del temperamento infantil, el niño capta mejor la palabra hablada que escrita, y prefiere retenerla en su mente que escribirla. Con lo cual queda claro que lo que se ha llamado Pedagogía del mínimo esfuerzo tiene escaso valor para nuestras escuelas, porque ese mínimo esfuerzo lo salvan nuestros niños sin ningún esfuerzo y al fin se fatigan de no fatigarse.

Tratábase en una escuela de Madrid de proponer a los niños un despropósito para que descubrieran el artificio. El maestro repartió cuartillas en blanco y empezó a explicarlo y todavía iba por la mitad de la explicación cuando la mayor parte de los niños se echaron a reír y dieron a voces la solución. El maestro me dijo que había leído la experiencia en un libro francés. Con nuestros niños falló la prueba porque no hubo "tiempo de reacción".

A la natural viveza infantil corresponde una técnica de esfuerzo, que obligue a fijar la mente en el problema o cuestión suscitada. El niño del Norte de Europa es tardo y propenso al rumio. Los "deberes" escritos los realiza con primor. El niño español es rápido e impaciente. Lo que procede no es hacerlo tardo y rumiante, sino, dentro de su condición natural, enseñarle a ser certero. Lejos, pues, de enervar su viveza — tal vez no pueda ser de otro modo —, lo lógico es aprovecharla.

### ***Inestabilidad***

El niño español es mental y físicamente inestable. No existe manera de condenarle a un reposo durable ni a un trabajo paciente. En él prevalece el temperamento nervioso que le obliga a continuas descargas de energía; es decir, a una necesidad irrefrenable de movimiento. Ya se sabe que esto es característico en la infancia, si bien en el niño español la cualidad se agudiza por razón de naturaleza.

La mayor parte de nuestros juegos infantiles son de movimiento, y aun los que tienen carácter sedentario, por ejemplo los de adivinanza, se complican con una persecución contra el perdidoso. Porque lo fundamental reside en moverse, que es la forma práctica de vivir. Moverse, sacudir los nervios, estar, si fuera posible, en varios sitios a la vez, dominar un horizonte cósmico mayor o menor...; nuestro esquema es el del hombre errante.



Todos nuestros poetas han rimado el encanto de lo fugitivo, la belleza de la lucha. Sólo uno, que era fraile, glosó la Oda a los bienhadados que aman la escondida senda del reposo, y aun confiesa que la han seguido pocos y que los tales eran sabios. Pero los españoles no queremos ser sabios parados, sino caballeros andantes, que jamás reposen la cabeza dos veces sobre la misma piedra. Un ejemplo como el de Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, que en el siglo XVI inició un viaje a pie por la península de la Florida, y a los ocho años de marcha por parajes incógnitos, selvas impenetrables, pantanos traidores, cañones inaccesibles y cordilleras imponentes, salió al Golfo de California, eso no se ha dado más que una vez en el planeta Tierra.

Nuestro sino es la aventura, la andanza, la inestabilidad. Con frase vulgar, pero expresiva, dijérase que nos lo pide el cuerpo y el destino. Cuando nos hemos paseado por la tierra, hemos creado un Imperio. En cambio los siglos de reposo han sido los de nuestra decadencia. Nuestro descanso es "el pelear", nuestra quietud, la del cementerio.

Tal es nuestra raza, tal son nuestros niños. El reposo forzado despierta en ellos la anarquía interior. La frase "¡Quietos y con los brazos cruzados!", es de una antiespañolidad frenética. Basta dar el grito de la quietud para que inmediatamente los nervios se dispersen en un cruce de flechas. El día en que resucitemos la escuela peripatética, habremos tomado una vereda segura. Ganivet decía que a un pueblo que se ha hartado de descubrir mundos, no se le puede exigir que se pase la vida asomado al ocular de un microscopio. El pintor que mejor ha reflejado nuestro clima, el más español, Goya, ha sido el pintor de las mascaradas, las corridas de toros, los bandoleros, las diversiones populares y los juegos de los niños; en resumidas cuentas, el movimiento. Nuestro sistema de guerrear es el ataque y no la defensa. La frase "furia española" no quiere decir crueldad, sino avalancha.

En comparación con nuestros niños, la escuela del Norte es inmóvil. Penetramos en un aula cualquiera y enseguida notamos que aquellos niños pueden permanecer sentados y quietos durante toda la sesión. Los maestros lo comprenden así y entreveran la quietud con los ejercicios corporales en el salón de gimnasia. Pero lo cierto es que aquellos niños no sienten, como los nuestros, la necesidad irreprimible de desbordarse en el ademán, que no es más que el instinto de defensa contra el excedente de energía acumulada. He aquí por qué nuestros niños deben gozar de una cierta li-



bertad de movimientos, libertad que no presupone desenfreno ni indisciplina, sino expansión obligada de su temperamento.

De los españoles se dice en el extranjero que somos "fogosos" (de fuego), y que si nos forzasen a inmovilidad absoluta "arderíamos como una estopa". Aun exagerado el sentido, no está mal la observación. En España los místicos — los extáticos — han sido los menos; los ascetas — los errantes — los más. Y han sido los místicos — los inmóviles — cabalmente los que han ardido, los que "morían porque no morían", consumidos por el fuego interior. El fraile que se pasó sesenta años de su vida mirando cómo crecía un pino, no es español. Nuestros frailes son del tipo de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Fray Luis de Escalona, ascetas, errabundos y magros.

Gozan nuestros niños con los cuentos de movimientos, es decir, de aventuras. No es que los cuentos sean españoles: Andersen, Grimm, Perrault, Selma Lagerlöf, han llenado el mundo con sus narraciones. Pero de entre ellas, las que inundan de júbilo a nuestros niños son las de los largos caminos de andadura, las de las botas de siete leguas, las de las alas en los pies, como en el mito clásico. La mayor parte de ellas hablan de la llegada a países de maravilla en caballos veloces, en lomos de águilas, en volutas de nubes, y los niños viajan con su imaginación por tales parajes desconocidos que su fantasía pinta de colores inexistentes. Y es que junto a su inestabilidad física poseen la mental, que tampoco se da punto de reposo. Los sueños que más les frecuentan son los de saltos vertiginosos en que los pies apenas toman el suelo; los vuelos sobre las montañas y los mares, las caídas precipitadas que se revuelven en una sacudida nerviosa sobre el lecho.

En la escuela acontece algo semejante; necesitan variación de ejercicio, mutación frecuente de tarea. Un niño danés puede enfrascarse en un trabajo personal y sedentario que dure tres meses. Un niño español sometido a tal tarea incurriría en la locura. Se entra en una escuela del Norte y los niños no levantan siquiera la cabeza para contemplar al visitante. A nuestros niños les distrae y entretiene el vuelo de una mosca. El maestro, para fijar la atención de nuestros niños, no sólo tiene que explicar algo interesante, sino declamarlo, hacerlo viviente con la imagen plástica y con el gesto. De nuestros actores suele decirse que lo extreman; no lo negamos, pero es necesario. En cambio, el actor afectado y redicho, que tanto halaga a los franceses, a nosotros nos irrita.

Basta entrar en una escuela española a mitad de sesión y ob-



servar el rostro y la actitud de los niños, para deducir la clase de maestro que la gobierna; es decir, para comprobar si la escuela les pesa como un plomo o los aligera. Tengo la evidencia de que el mejor maestro alemán en una escuela española, la encontraría fuera de escuadra y plomo, y no se adaptaría a ella.

En una ocasión en que, acompañado de un grupo de maestros españoles, visitábamos la escuela del Norte de Europa, recuerdo que algunos me decían:

— Con niños así, nosotros iríamos a donde quisiéramos.

No lo sé; pero puedo asegurar que a la inversa, los maestros de Suecia, Noruega y Finlandia, en escuelas españolas no irían más que al fracaso.

Por todas las razones apuntadas, los niños españoles son los más difíciles de tratar. Algo semejante ocurre con los de Nápoles, y en general con los del sur de Italia. Para ellos no sirve una disciplina restrictiva, sino más bien una cierta libertad bien pulsada; libertad que sin ser desorden, condiga con su temperamento dinámico. A mí no me asusta una escuela española en que los niños se mueven y van de una parte a otra, siempre que la movilidad sea funcional o responda a un fin útil. En el exterior de una colmena hay siempre un aparente desorden, pero al final cada abeja va a su celda y allí trabaja. Y así debe ser nuestra Escuela: rumorosa sin ruido y movable sin anarquía.

### **Generosidad**

Cualidad específica del niño español es su desinterés. No he conocido niños más generosos que los españoles. La cicatería, el egoísmo tan corriente en otros climas, entre nuestros niños no existe, o, cuando menos, es planta rarísima. Bien sea porque a nada le dan valor, bien porque prefieran la satisfacción ajena a la propia, lo cierto es que el contento de los demás es condición necesaria de su propio contento.

Verdad es que tal conducta no hace sino obedecer a sus sentimientos raciales. Así son los niños porque así somos los españoles. Nuestra colonización americana no fué más que una gigantesca empresa de generosidad. La codicia del oro y de la plata prendió es los virreyes y gobernantes; pero no en los primeros conquistadores y colonizadores. A poco de la colonización, Amé-



rica estaba llena de misioneros, escuelas, iglesias y hasta tenía algunas Universidades. Mirando el interés crematístico, América nos costó más que nos dió. Inglaterra no podrá decir lo mismo, no obstante haber pisado América cerca de un siglo después que nosotros, porque su única gesta fué la piratería. La generosidad española españolizó al emperador Carlos V, que apenas tenía nada de español, y la de Felipe II hizo que a su vuelta de Flandes confiriese todos los cargos del país a caballeros flamencos y, los más elevados de todos con rentas fabulosas, al que subrepticamente era el más traidor: Guillermo de Orange. La mitad de la historia esplendorosa de Francia está hecha con generosidad española; díganlo Francisco I, Enrique II y el nieto de Luis XIV, por quien tanta sangre vertimos los españoles con más la pérdida de Gibraltar. Y un español, un "aborto del averno", César Borgia, vino a España a morir de generosidad en una empresa sin gloria, cuando dos brillantísimas le ofrecían la recuperación de su perdida fortuna. Pero la genuina encarnación de la generosidad española recae en dos héroes, el Cid Campeador y D. Quijote de la Mancha, vivos y reales en la mente y el corazón de nuestro pueblo. Ellos son toda el alma hispana, generosa, desinteresada magnánima y señora.

Cuando yo era maestro, una de las cosas que más me desasosegaban era la ayuda mutua que se prestaban los niños para que el preguntado quedara siempre airoso.

— No le apuntéis — les decía yo —, porque me satisface más que se equivoque con su propio esfuerzo, que no que acierte porque otros le digan la respuesta.

Mis pobres niños no lo comprendían así y no hubo modo de impedir la costumbre. En el extranjero los niños no se ayudan; cuando a uno se le pregunta una cosa y los demás la saben, levantan el brazo esperando a ser preguntados. Este hábito me satisface y he procurado implantarlo en las escuelas que visito.

La generosidad de los niños españoles llega en ocasiones a límites heroicos. Por amistad se hace uno culpable de la falta cometida por su compañero y acepta complacido el castigo que no le corresponde. El reparto de merienda con el necesitado es muy corriente.

Pero en tareas impuestas en la Escuela es donde la ayuda se otorga con el mayor fervor. Jamás un niño que lucha con un



trabajo difícil o superior a sus fuerzas, se verá desamparado por sus amigos. Estos se situarán a su lado, le harán toda suerte de aclaraciones, le pondrán las cosas a punto y aun tomarán parte activa si el obligado al trabajo lo consiente. En su casa le auxiliarán en la resolución de problemas, en los dibujos que ha de presentar, en las redacciones que debe hacer.

*Visitaba en Bruselas el 4.º grado Morichar, me llevó Mr. Neyrinck a los talleres en madera y hierro, y me enseñó una porción de trabajos que llamaba "colectivos".*

— *No conviene — me dijo — que un solo niño haga un trabajo completo. Conviene que los hagan entre varios, colectivamente, para que no se engrían y se acostumbren a ayudarse los unos a los otros.*

*En España, pensé, no existe tal problema. Si acaso, el contrario, para fijar en los niños el concepto de responsabilidad.*

Si esto ocurre en nuestras escuelas, no cosa distinta acontece en pruebas superiores, por ejemplo, en oposiciones o ejercicios de aptitud, en que al opositor le va el porvenir. Lo frecuente es que haya que evitar el que uno le comunique a otro los datos de que carece. El opositor se da cuenta de que facilita al adversario armas con que vencerle y, sin embargo, *ex abundantia cordis*, procura auxiliarle y que salga victorioso del trance.

España es generosa en grado sumo. De todos los pueblos del mundo, es seguramente el menos metalizado. Sirve a todos sin el menor interés, al revés de lo que ocurre en el extranjero, en que no se carece de nada, pero a condición de pagar por todo, excepto por el aire que se respira.

Algunos gestos que en el extranjero nos parecen de generosidad, no son más que cortesía. En cierta ocasión, un compañero de viaje pisó inadvertidamente un pie al dueño del hotel en que parábamos.

El maestro se me acercó y me dijo:

— ¡Cosa más extraña! Le he pisado yo y él se ha apresurado a pedirme perdón.

A lo que respondí:

— Mientras el pisotón no haya sido en el bolsillo, todo es perfectamente disculpable.



Procuremos conservar como una joya esta simpática generosidad de los niños españoles, esa noble virtud que les compele a sufrir con el que llora y a disfrutar con el que goza. Al revés de lo que sucede con las cosas tangibles, la alegría compartida se acrecienta en proporción al número de los participantes. La Parábola de la moneda perdida y encontrada, encaja admirablemente en nuestro carácter. Un pecado de nuestra infancia podrá ser la prodigalidad; la avaricia, jamás.

### **Curiosidad**

La curiosidad es cualidad inherente a todos los niños del orbe, porque es cualidad de necesidad, como el apetito para el cuerpo. Por eso a la curiosidad se le ha llamado "hambre de saber". La curiosidad es, pues, la apetencia mental. Si en los niños españoles está más acusada que en otros cualesquiera, débese a su temperamento dinámico y a su inequívoca voluntad de dominio.

No existe tratado de Pedagogía que no nos hable del ansia del niño por destruir su juguete a condición de descubrir su mecanismo interno. El fenómeno es general y de él se han extraído muy provechosas consecuencias educativas. La curiosidad infantil es el inicio de todo su conocer. Los partidarios de la Pedagogía del interés debieran haber escrito antes la de la curiosidad, ya que el niño sólo se interesa por lo que atrae fuertemente su atención.

En un español, Séneca, se lee que "el hombre tiene un entendimiento curioso"; es decir, que por naturaleza propende a conocer las cosas, desentrañarlas y apoderarse mentalmente de ellas. En el niño español esa tendencia es enérgica, impetuosa, impaciente, que equivale a querer vivir las cosas en sí mismo. Por eso su curiosidad es fugaz, voluble; pasa rápidamente de un objeto a otro, como si quisiera aprehenderlos todos de una vez. Su velocidad de intuición responde a su dinamismo desalado. Nunca su curiosidad agota el objeto en su totalidad. Comienza devorándolo y a mitad de camino lo deja para buscar otro y proceder de la misma manera.

Yo he acompañado a algunos de nuestros niños al Museo de Pinturas del Prado y he procurado apurar el tema de un lienzo cualquiera. ¡Imposible! Los muchachos se me dispersaban, y lo corriente era que les distrajeran todos los cuadros menos el que



estudiábamos. Lo mismo ocurre cuando se visitan fábricas, granjas o talleres.

Sin embargo, algo hay que les ata fuertemente la curiosidad; la narración de aventuras, el avatar del héroe. He conocido a dos niños de once y trece años que se habían "bebido" dos veces "La Iliada". Si las narraciones se hacen a viva voz, la delectación no tiene límites. Cualquier maestro que sepa contar con gracia y dramatismo, tiene siempre asegurada la buena disposición de los niños para cualquier tarea. Basta ofrecerles una narración heroica para que sueñen con el suspirado momento. Esto me hace creer que la curiosidad de los niños españoles es más auditiva que visual. Porque nuestros niños son creadores. En la atención visual no tienen nada que inventar; la imagen está dada y no aciertan a salirse de ella. En cambio en la auditiva, corre libremente su fantasía y cada uno se construye su escena y su héroe que, sin duda, por ser suyos son los mejores.

Hace algún tiempo, la revista profesional *El Magisterio Español* abrió un concurso de dibujos espontáneos infantiles. Se trataba de ilustrar algunos trozos literarios de nuestros buenos autores. El éxito del concurso fué extraordinario, no sólo por el número de trabajos recibidos, sino por las maravillas de interpretación.

El profesor de Arte, Ovejero, que los analizó cuidadosamente, llegó a la conclusión de que, con ser primorosa la perfección del dibujo, lo genial era la interpretación de los temas, es decir, la creación de escenas y tipos.

La curiosidad de nuestros niños por las historias de aventuras es insaciable, sin duda porque se corresponden con su dinamismo interior. Porque una aventura es una continua brega, una constante mutación. El héroe no debe darse punto de reposo; lo acechan mil peligros y ha de estar prevenido contra todos. Si el final es imprevisto, entonces se colma su entusiasmo. He observado que las novelas de Julio Verne, que tanto nos maravillaron en nuestra juventud, no les inspiran curiosidad. Verne fué un hombre de asombrosa perspicacia, pero todo lo que anticipó está ya descubierto; de ahí que los niños abandonen sus libros sin pena.

Otra cualidad de la curiosidad infantil es ser finalista. A su "por qué" hay que dar siempre la última respuesta. Como ésta



no le sacie por completo, nos abruma con una serie de "por qué", hasta el tropiezo con el infinito. A un niño no se le debe decir jamás: "No seas tan preguntón; me aburres". Si el niño sigue preguntando, es que todavía ha quedado algo pendiente de su curiosidad, y lo pedagógico es satisfacerla. Quien ose cegar la curiosidad del niño, quien ahogue en labios infantiles una pregunta que empieza a formularse, no es maestro. En realidad no es éste quien debe preguntar al niño, sino al revés, y el arte del maestro consistirá en inspirar a los niños la capacidad de preguntar. No olvidemos que para un niño cualquiera, su maestro es un semi-dios; es el hombre que lo sabe todo. Si el discípulo admira a su maestro, no es sólo por su bondad; es mucho más por su sabiduría. Cuando el niño formula una pregunta sabe que puede ser contestada, pues no se le puede ocurrir jamás, que el maestro no pueda satisfacerle su curiosidad. Nunca he visto que un escolar puede hacerle preguntas capciosas; quiero decir, con el regustillo de imaginar que no pueda ser contestado. En toda pregunta, aun insignificante, el niño pone su alma. Si el maestro elude la contestación o le paraliza con un exabrupto, queda decepcionado el niño, pero quien pierde es el maestro. Y ¡ay del maestro desconceptuado por su discípulo! ¡Ay del maestro en quien su discípulo ha perdido la fe! ¡Ay del maestro juzgado por sus niños!

Buen maestro, en cambio, el que sabe sacar partido de la curiosidad infantil. El no muestra todo de una vez, calcula los efectos, pone en juego la técnica de la alusión, reviste la explicación de un cierto halo misterioso, habla en voz baja e insinuante... ¿qué niño no está ya ganado desde este momento? Ganado, no para la curiosidad, sino para la retención de ella, que es lo primordial entre nuestros niños. El maestro hará bien en evitar la excesiva movilidad de atención de sus discípulos, pues en el aspecto de la curiosidad ya he dicho que son atropellados a consecuencia de su irrefrenable dinamismo vital, y como la base de todo aprendizaje es la observación detenida, bueno será obligarles a afincar en ella por medio de ejercicios visuales y la meditación seria. En resumen, aprovechemos la curiosidad infantil para polarizarla en finalidades útiles y no consintamos que degenera en curioso, que es inaprovechable y vano.



*Propensión a la hazaña*

Entiéndase por hazaña la realización de un esfuerzo con medios insuficientes para dominar el obstáculo que es necesario vencer. Inmediatamente se comprende que si los medios son inferiores al obstáculo, tiene el hazañoso que suplirlos con su ingenio o su heroísmo. En la hazaña se encuentran los españoles como en su propio medio; pero bien entendido que la hazaña no es la victoria ni el triunfo, ni son necesarios éstos para que la hazaña se produzca, pues ya he dicho que su cualidad específica no es el resultado positivo, sino el esfuerzo empleado. Que las legiones de César vencieran a los galos no es ninguna hazaña. En cambio lo son la conquista de Méjico por Hernán Cortés, y la de Oriente por un puñado de voluntarios nacionales contra el judaísmo, la masonería y el marxismo internacionales. Y es hazaña la de Claudio Bernard fundando la Biología con cuatro cacharros de segunda mano, y la de Ramón y Cajal individualizando la neurona sin microtomos. Y lo es la de Miguel Servet enfrentándose con el déspota ginebrino, y la de Blas Pascal "inventando" a los doce años las veintidós primeras proposiciones de Euclides.

Hazañas se han dado en todos los climas; pero con desproporción absurda de medios, acaso en ninguna historia existen como en la española. Nuestro ímpetu racial no se ha detenido jamás ante la magnitud del obstáculo ni ante la insuficiencia de recursos prácticos. Hemos podido mientras hemos querido. En nosotros ha prevalecido la voluntad sobre cualquier otra potencia espiritual. El gusto por el azar, el deleite por arrojarse al abismo de cabeza, la tendencia jubilosa a traspasar el límite imposible, han sido nuestras características específicas.

A nuestros niños les entusiasma la hazaña y, por lo mismo, rechazan las tareas triviales. Basta que el maestro pondere la dificultad de un proyecto, para que todos los discípulos, anhelantes, pidan el primer puesto en la ardua empresa, y si la dificultad se ha allanado sin gran esfuerzo, no se reflejará en sus rostros satisfacción ninguna, sino la decepción inherente a la tarea fácil. Los honores, tan corrientes en algunas escuelas extranjeras, a los niños merecedores de premio, bandas, diplomas, palmas, nominaciones en los cuadros de mérito, etc., no son apreciados por nuestros niños. Sin que pueda achacarse a orgullo, bátales la conciencia de su esfuerzo y, cuando más, el elogio del maestro. El quehacer escolar, que en otras partes es apacible marcha sobre



rieles llanos, en España se convierte en lucha. Los niños piden tareas difíciles y hazañosas. Por esta razón, de todas las técnicas modernas, la que mejor se ha adaptado a las escuelas españolas es "la de proyectos", porque en la dificultad de un proyecto no hay límite; el maestro puede poner el tope donde quiera.

He aquí por qué esa escuela del mínimo esfuerzo, de que hablaré después, es opuesta a nuestra idiosincrasia. El trabajo fácil aburre a nuestros niños. Para tenerlos contentos es forzoso persuadirles de que van a entregarse a una labor poco común — recopilar el refranero de la localidad, levantar el plano del pueblo con un taquímetro rudimentario, hacer la historia de los medios de transporte, medir fincas irregulares, construir una radio receptora con material de desecho, dibujar un mapa a escala dada, trazar gráficas demográficas sobre la base de las estadísticas oficiales, etc. —, todas estas tareas que exigen un esfuerzo físico o mental fuera de lo corriente, les inundan de gozo y a ellas se entregan, no por deber, sino con pasión.

Gustan nuestros niños de las excursiones arriesgadas, de las faenas de los "exploradores", de las competiciones difíciles y, si se me permite la frase, diré que les deleita lo incómodo. Durante la guerra que España ha sostenido contra el marxismo internacional, las escapatorias a las trincheras y los parapetos han sido frecuentísimas. En sus juegos infantiles no encuentran placer si no hay esclavos que liberar, presos que rescatar o posición que defender. Es necesario que haya un riesgo, un peligro que correr, para que su contento sea total. Si en otros pueblos hay una época en la vida del niño en que siente una especial preferencia por los juegos de las niñas, en el nuestro no se produce nunca tal fenómeno. Lo corriente es que nuestros niños los desprecien por su blandura e inanidad. En los patios de recreo comunes a uno y otro sexo, ni por casualidad se les ve mezclados en sus diversiones.

Recuerdo durante la época laicizante, el gran interés de algunos maestros por que los niños y las niñas se entremezclasen en sus juegos. "Jugad todos juntos — les decían — porque todos sois compañeros".

Pero los niños no entendían ese lenguaje, ni menos su intención, y acababan unos y otras por entregarse a sus peculiares preferencias. No era cuestión de gustos, sino temperamental; cosa que no veían aquellos maestros.



La escuela española tiene un gran campo que explotar, fundamentado en la propensión de los muchachos a la hazaña, al trabajo infrecuente, al proyecto difícil. El maestro que acierte a estimular a sus discípulos en tales bregas, obtendrá *resultados* portentosos. No se cuide de si tiene poco material docente. En no tenerlo radica precisamente la esencia de su hazaña, y en inventarlo, crearlo, sacarlo de la nada, reside el mérito; que si el niño ha de ser hazañoso, no menos tiene que serlo el maestro. Y no olvide que en cuestiones de educación, no siempre es lo principal el resultado, sino el esfuerzo ingenioso que se emplea para llegar a él. Los esfuerzos hazañosos son magníficas lecciones de carácter. Quien se acostumbre a enseñorearse de los obstáculos, confía en sus fuerzas y, en el peor de los casos, puede bastarse a sí mismo. Cuando nos hablen, pues, de la vieja máxima "enseñar deleitando", aceptémosla con una reserva mental, y es: que el deleite lo encuentra cada uno allí donde pone su ilusión, y que la ilusión de los niños españoles no se apoya en las faenas triviales, sino en el áspero rigor del esfuerzo máximo.

### **Sociabilidad**

¿Somo sociables los españoles? Nosotros mismos decimos que no; que somos ferozmente individualistas. Y es lo curioso que lo confesamos con una cierta complacencia, como si nos envaneciéramos de tal defecto. Solamente ese detalle nos prueba que, si somos individualistas, lo somos menos de lo que nos figuramos, y tal vez no lo somos aunque creamos serlo. Los españoles, ciertamente, odiamos el rebaño, la masa anónima. No sabemos renunciar a nuestra voluntad para convertirnos en número. Esas muchedumbres que giran automáticamente apenas un dedo indicador les señala la vuelta de una esquina, no se conciben entre nosotros; es más, nos molesta tanta pasividad; no tenemos espíritu gregario.

Y una vez y veinte, nos proponemos la misma cuestión: ¿Somo insociables los españoles? Hace más de veinte años publicó Eugenio d'Ors un bellissimo ensayo "La amistad y el diálogo", en que llegaba a la conclusión de que no sabíamos dialogar porque estábamos algo así como incapacitados específicamente para la amistad, y de que en España no puede haber buenas biografías porque nadie se confiesa a nadie.

Ahora bien, la primera forma de la sociabilidad es la amistad, a diferencia de la asociación, en que basta la coincidencia en la



doctrina o en la intención. Una cosa es "asociarse" y otra "sociabilizarse". Dos personas pueden asociarse para un fin cualquiera y estar a la vez cordialmente enemistadas; porque a los asociados les une un interés, mientras que el mérito de la sociabilidad radica en que es desinteresada. Y siendo los españoles hombres generosos y desinteresados, ¿es posible que sean insociables?

Creo que estamos en el nudo de la cuestión. Las asociaciones que entrañan un interés de cualquier naturaleza que sea, no son capaces de integrar nuestras voluntades. Nosotros mismos decimos que no tenemos espíritu de cuerpo o clase. La gran clase media española no ha sido nunca capaz de organizarse. La clase obrera se ha organizado, pero ha estado más atada que unida. La guerra última lo ha demostrado con abundante sangre en la retaguardia. Si en otros pueblos un interés directo es el gran aglutinante de las personas, en España no vale. A nosotros nos une la amistad, el desinterés, el cariño, el ideal romántico que no tiene meta. ¿Por qué? ¿Porque somos individualistas? No, porque somos individualidades.

Individuo es indiviso, lo que no se puede dividir: o se da todo o nada. Dar una parte para el interés y otra parte para la amistad es cosa inconcebible. Si un español se asocia para el interés, no lo hace para el resto; por eso los asociados son, por lo general, enemistados, insociables, y son tan febles las ligaduras interesadas, que se rompen con el aliento. De aquí que sólo perduran en España las sociedades de amigos, que no son sociedades sino fraternidades, cofradías. La amistad de que habla d'Ors es la platónica, la intelectual, la del intercambio de ideas puras, y esa, efectivamente, no nos es la predilecta. En cambio lo es la afectiva, la sentimental, la que exige poner el corazón en la boca, la que es viable con el poderoso y con el humilde, con el sabio y con el ignorante.

El hombre español es familiar y aun con exceso. El amor excesivo a la familia nos ha impedido tener buenos reyes y buenos gobernantes. Un par de ejemplos entre mil: la reconquista española contra el poderío musulmán hubiera podido anticiparse si la debilidad por los hijos no hubiera sido causa de tantas desmembraciones. Fernando I cometió el primer gran yerro, y aunque su hijo Sancho el Fuerte trató de enmendarlo, su muerte ante las murallas de Zamora le quebró el designio. Todos los grandes desaciertos de Alejandro VI arrancan de la excesiva debilidad que tuvo por sus inmediatos descendientes. De la restauración acá no ha habido otra selección gobernante que la yernocracia.



Pues bien, el hombre casero, familiar, es sociable por naturaleza, porque la familia es una sociedad natural constituida por vínculos de amor. En el antiguo Derecho Romano el matrimonio era una forma de poseer; entre nosotros, cristianos, es una forma de amar. Este es el motivo de que el matrimonio por interés, raro en España, lleve en sí el germen de la desunión; lo que no ocurre con el matrimonio desinteresado. Véase, pues, que siempre llegamos a la misma conclusión: el interés nos separa, el desinterés nos estrecha.

Fomentar la individualidad (no el individualismo) es fomentar la sociabilidad. No hay contradicción entre ambos términos. Son las personas de carácter formado, o sea las que están por encima de las circunstancias, quienes no temen el trato amistoso con sus semejantes. El débil, el tímido de espíritu, el pusilánime, es el solitario, vencido de antemano.

Nuestros niños no son insociables porque no se ligan entre sí por el interés, sino por esa efusión generosa que anteriormente hemos destacado. Entre los españoles, el niño interesado es rarísimo. Las sociedades o agrupaciones espontáneas de amigos podrán estar influídas por versatilidad propia de la infancia, pero están limpias de toda ambición bastarda, y lo corriente es que perdure a través de los años post-escolares.

Yo no tengo inconveniente en defender la Escuela única, la del Estado, a condición de que sea católica, porque estoy convencido de que las amistades escolares son perdurables. El Estado futuro no será democrático, afortunadamente, pero tampoco lo será de clases sociales. Se procurará la mayor nivelación económica; los ricos serán menos ricos para que los pobres sean menos pobres; la capacidad selectiva la dará el talento y el trabajo, no la cuna ni la fortuna. Pero como siempre habrá categorías profesionales, me parece excelente que el hijo del obrero trabaje en el mismo pupitre que el del empresario o patrono, que ambos se conozcan, traten y amisten, para que la amistad continúe cuando trabajen bajo el mismo techo de la fábrica o taller.

La gran revolución fascista o la nacional socialista no se ha producido exclusivamente por factores económicos, sino también por psicológicos. El obrero italiano o alemán se considera satisfecho al ver que el empresario no es ya un parásito capitalista, sino un trabajador como él y con beneficios limitados por el Estado; miran, pues, al empresario con respeto y sin jactancia, y, dentro



del respeto, con estimación y cariño. No otra cosa es la que ha de procurar España empezando por la escuela primaria y aprovechando la tendencia sociable de los niños para que la sociabilidad se produzca entre todos, sin diferencias por razón de posición social o de categoría profesional.

ANTONIO J. ONIEVA.



# La pedagogía en la nueva Alemania

y III

## *Los métodos*

**E**L vitalismo de la nueva escuela alemana ha dado lugar — aparte otras muchas cuyo estudio no cabe en los modestos límites de este trabajo — a dos novedades interesantes: de una parte, al destacadísimo rango concedido a la educación física en la teoría pedagógica y en la práctica institucional; de otra, al peculiar carácter de la educación post-escolar del Tercer Reich.

A una crítica pedagógica unilateral puede antojársele peligrosa la acentuación que la nueva Alemania hace de la formación del cuerpo. Tal imputación era razonable en relación con la instrucción física tradicional, que consideraba objetivo pedagógico digno de ser procurado la mera vigorización y desarrollo musculares o, a lo sumo, la obtención de una plenitud fisiológica, desvinculada de toda preocupación y aspiración espiritual. Pero la actual concepción de la educación física alemana nada tiene que ver con esa miope tendencia animalizante, porque su objeto no es conseguir atletas cuyos bíceps puedan causar el asombro de los indocumentados, sino, por el contrario, acelerar y vigorizar aquellos fondos de la personalidad donde se verifica la unión arcana de materia y espíritu, dotando al ánimo de la tensión y el nervio suficientes para afrontar con éxito los gloriosos y duros riesgos del tiempo que nace.

El hombre nuevo, que posee un organismo endurecido y flexibilizado por todas las intemperies: que ha recibido, en la etapa



decisiva de la plasticidad bio-psíquica, la caricia pungente de los estímulos telúricos, en una vuelta a la Naturaleza, que es euforia, y alegría sana, y cosquilleo racial de creadora y fecunda plenitud; que ha purgado su mente y su corazón de todas las toxinas impurificadoras y adulteradoras, abriendo los ojos del alma a la aurora inefable de un renacimiento cultural ancho y hondo; que ha aprendido en la vida maestra de los campamentos las virtudes esenciales de la camaradería y la devoción a la comunidad nacional; que ha llegado a tener conciencia plena, lograda por las ocultas y eficaces vías del inmediato y directo vivir, de su condición de molécula de un todo político y cultural a cuyo engrandecimiento y pervivencia debe subordinar sus actos y sus afanes; que posee un cuerpo, dócil y firme instrumento de su alma, el alma rotunda de la edad naciente... este hombre juvenil, sencillo, alegre, heroico y pleno, es, a no dudarlo, el protagonista infalsificable de las grandes gestas de la época que inicia su orto entre negruras de noche respunteadas por arreboles de alba...

La educación física alemana aspira a dotar a los jóvenes de aquellas calidades físico-espirituales más clamorosamente exigidas por las hazañas del tiempo nuevo, que, por ser duro y tajante, no puede ser congruentemente afrontado sino por hombres capaces de escuchar y cumplir sus difíciles consignas.

Como prueba de que tales son los objetivos perseguidos por la pedagogía nacional-socialista, he aquí las palabras de uno de sus más calificados campeones: "El deporte de campo encuentra su aplicación característica en el "acampamento", que es el medio adecuado para llegar a una nueva *unión con la tierra*. Es preciso haber pasado una noche de lluvia o tempestad en una ligera tienda de campaña, para aprender a conocer el poder de los elementos naturales. En lucha con estas fuerzas elementales, se restituyen los instintos a su original finura y vigor, y surge la fuerte voluntad de oponerse y afirmarse contra los obstáculos de la Naturaleza... Allí aprende la juventud, sobre todo, a vencer las dificultades, que en la vida natural abundan mucho. Siempre se encuentra el muchacho solicitado para la auto-ayuda, en condiciones que ponen a prueba todo su ingenio y sagacidad.

"En el primer término de la vida de campamento no está la adquisición de especiales conocimientos o destrezas, sino la vida en camaradería. *Nosotros hemos dado a los campamentos en educación física un lugar preferente* PORQUE HEMOS RECONOCIDO SU EFICACIA EN LA FORMACIÓN DEL ESPÍRITU DE COMUNIDAD. EN



ELLOS SE PUEDE COMENZAR CON ÉXITO LA LUCHA CONTRA LOS PREJUDICIOS DE CLASE Y LAS ÍNFULAS DE CONDICIÓN SOCIAL. AQUÍ SE DESARROLLA EL VERDADERO ESPÍRITU DE COMUNIDAD MEDIANTE EL JUEGO DE LA CAMARADERÍA Y LA JEFATURA". (Max Monsem: *Die Leibeserziehung in Deutschland*. Internationale Zeischrift für Erziehung. 1035. Heft 6).

Se ve, pues, cómo la educación física es concebida y realizada en función de la educación integral, y ésta, en su empeño de formación del hombre patriota y brioso, es puesta al servicio de la comunidad nacional, principio rector del nuevo pensamiento alemán. Esta correspondencia perfecta de motivaciones y propósitos entre las finalidades generales de la política y los objetivos de la educación, en cada uno de sus aspectos, evidencia el carácter orgánico del Movimiento nacional-sindicalista, y es promesa cierta de fecundidad histórica, puesto que no se trata de una remoción superficial, limitada a una faceta de la vida de un pueblo, sino de una concepción del mundo, amplia y rica, que pone su impronta inconfundible sobre todas las manifestaciones de la vida nacional.

Otra prueba de este mismo aserto nos la proporciona la prolongación internacional del proceso educativo más allá de la edad escolar. Ya hemos aludido a las premisas doctrinales que explican la preponderancia concedida por la educación alemana a la actuación educativa extra-escolar. La continuidad de los esfuerzos educativos más allá del recinto y del tiempo tradicionalmente dedicados a realizarlos, es una necesidad que todos los pueblos cultos han sentido en las últimas décadas; pero, como no podía menos de ocurrir, cada país ha respondido a semejantes solicitudes en armonía con la índole especial de su espiritual idiosincrasia. Así, en tanto Francia pasa los años discutiendo y rectificando el establecimiento de unos "Cursos para adultos", mera acomodación y amplificación escolares de la cultura primaria; Inglaterra prolonga oficialmente la escolaridad, al par que alguno de sus teóricos (R. Tawney), agotando las consecuencias pedagógicas, o, mejor aún, pedagógicas, de los supuestos ideológicos inherentes al humanismo, propugna la extensión a todos los jóvenes del grado secundario, y la España del lustro desnacionalizador se limitó a ensayar unas Misiones, calcadas sobre la falsilla mejicana, además de pobres e infecundas por enfermas de un vacío y desmedulado esteticismo, Italia y Alemania, prescindiendo de modelos decimonónicos, se aprestan a la gran faena de crear nuevas y eficaces instituciones de continuación cultural, más aten-



tas al potente fluir de la capacidad cultural espontánea de la raza que a los clichés manoseados y yertos en que inciden siempre los pueblos y las épocas decadentes. La gran "Obra Nacional Dopolavoro" es un gigantesco y original crisol de pura espiritualidad y un hogar ancho y cordial de sensaciones y emociones nacionales, purificadoras y acendradoras del alma del pueblo italiano. Por su parte, Alemania ha resuelto el problema de la educación post-escolar empleando procedimientos plenos de novedad y de vigor.

Dos notas capitales distinguen, a mi ver, estos esfuerzos político-pedagógicos del Tercer Reich. En primer lugar, no se trata de nada teórico, o, al menos, las enseñanzas teóricas se difuminan ante el predominio decisivo de las actividades prácticas. En segundo término, la educación post-escolar apenas tiene nada que ver con los sistemas ensayados o planeados en otras naciones, a tal fin. Porque lo más nuevo y fuerte de las instituciones post-escolares nacionalsocialistas radica en que no se trata de servicios docentes que el Estado pone a disposición de los individuos, sino, por el contrario, en servicios que aquél exige de éstos.

El "Año Rural", los "Cursos Nacional-políticos", el "Servicio de Trabajo", el "Servicio Militar", no son, al menos en su externa e inmediata apariencia, dádivas que los particulares reciben del Estado, sino sacrificios, servicios, deberes que el Estado exige, convencido de que el modo mejor de adensar una personalidad no es, como predica el viejo liberalismo, abandonarla a la anarquía de un querer indisciplinado y múltiple, que dispersa y atomiza la vida volitiva, sino, de opuesto modo, unificar monárquicamente sus afanes poniéndolos al servicio de las grandes realidades totalizadoras, y persuadido, también, de que el único camino posible para lograr la elevación integral de un pueblo estriba en obligarle a practicar — y, por tanto, a sentir y a vivir — las posibilidades de creación histórica anejas a la convivencia y a la camaradería, enderezadas hacia la meta exacta del engrandecimiento nacional.

Los mismos principios sustanciales encontramos en la metodología general de la enseñanza primaria. La comunidad nacional, el espíritu nacional, la devoción hacia las formas tradicionales de la vida del pueblo y un enérgico aprestarse a cumplir la misión histórica que incumbe realizar a la raza alemana, disponiendo cuidadosamente, amorosamente, el oído para percibir en la profunda y cósmica melodía que la sangre canta en el trémulo cauce de las



venas, el alcance y sesgo de aquella misión, son temas centrales que polarizan en su torno la totalidad de los trabajos y anhelos del nacionalsocialismo. Y, como medio único, insustituible, para llegar a las soñadas metas, la vivencia de la solidaridad nacional, la subordinación exquisita de lo individual a lo colectivo, la inmersión entera del alma de cada uno en la grande, suprema y gozosa alma de la Alemania eterna, heredera de un gran pasado y creadora de un gran porvenir.

Una técnica metodológica merece ser citada y destacada como merece, en relación con el sentido de comunidad. Me refiero al "Sprechchor", no sólo expediente didáctico en el aprendizaje del idioma, sino, principalmente, recurso metódico en la formación práctica de una conciencia anti-individualista y anti-liberal.

Se trata de un coro semejante al de la tragedia griega. En voz baja, generalmente, la mayoría de la clase recita al unísono la letra de un poema, mientras unos cuantos actores interpretan su espíritu mediante una pantomima rítmica. La entonación de los versos, frecuentemente musical, constituye un fondo grandioso, sobre el que destacan los movimientos armónicos de los ejecutantes. Se obtiene así la impresión de que la clase entera constituye un grupo unánime, fundido en un espíritu único: el espíritu de la comunidad. "La impresión que se experimenta cuando se escucha un *coro hablado* — dice un profesor norteamericano — es de una total absorción del individuo; la negación de toda personalidad que no sea la del grupo". Se comprende que en un Estado nacido del combate contra el individualismo liberal y contra el concepto marxista de la lucha de clases, el cultivo del espíritu de comunidad y del principio de colaboración sea especialmente cuidado. El "Sprechchor" facilita un medio eficaz para lograrlo.

No se crea, por ésto, que la nueva pedagogía alemana desconoce el valor de la personalidad individual, ni atenta deliberadamente contra ella. Es que está convencida de que la vida y el sér de los individuos solo adquieren significación y valor en el seno de una comunidad, y que importa, sobre todo, elevar el tono vital de la misma para que ascienda de nivel la existencia individual. A esta verdad no ha llegado Alemania por el camino espectral de la especulación abstracta, sino por la dura senda de una experiencia directa y penosa. La época de la guerra, y la dolorosa prueba de los años siguientes, han sido para los alemanes una gran escuela de dolor, que es tanto como decir de claridad mental y de valoración justa. La triste situación a que la nación



había llegado, por obra del comunismo, que halló el campo abonado en el desaliento de la post-guerra, solo podía ser corregida poniendo una minoría decidida su espíritu incontenible al servicio supremo de la comunidad nacional. Hitler fué el conductor de este salvador movimiento y el partido nacionalsocialista, precedido por el ardor juvenil de las Secciones de Asalto, el instrumento magnífico de la redención alemana.

Hoy, Alemania es ya una nación fuerte. Cada día lo será más porque tiene la firme voluntad de continuar su gloriosa historia y de llevar hasta sus últimas consecuencias los mandatos políticos y culturales que son el honor y el deber de su pueblo. Si todo ello es posible, débesele el gran pueblo amigo a la energía sobrehumana de Adolfo Hitler, que supo reunir en su torno a la porción más selecta de la juventud, en la hora amarga y tremenda, pero también viril y auroral, de la interior catástrofe.

España pasa ahora por una prueba semejante a la que sufrió Alemania. Las fuerzas demoníacas de la destrucción y el caos trabajan afanosamente este gran cuerpo espiritual para lanzarlo en la sima sin fondo de la disolución y el aniquilamiento. Pero España también encontró su Führer — Franco — y una juventud ardiente y heroica que le sigue devotamente, pecho a la muerte y cara al mañana. Y a la sombra protectora y fecundante de nuestras bayonetas, reflorcerá pujante el firme tronco del pensamiento hispánico y las ramas que tienden sus índices jugosos hacia los campos de la formación humana, volverán a enjoyarse — enjoyando nuevamente al mundo — con las preseas espirituales de Nebrija y de Vives; de Sánchez de Arévalo y Juan de Torres; de Mateo Alemán, de Gracián, de los místicos... de tantos y tantos valores cimeros en la Psicología y la Pedagogía, desconocidos por nuestros padres, que vivieron muriendo la lenta muerte de la desesperanza nacional, apacentando el encanijado rebaño de sus ilusiones en el tremedal histórico de la "leyenda negra".

Pero "en España empieza a amanecer". Y a la aurora que tiñe nuestro Oriente sucederá un radiante mediodía, porque el Estado, dirigido por Franco, logrará "mediante una disciplina rigurosa de la educación un espíritu nacional fuerte y unido, instalando en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria".

Termino estas breves notas informativas sobre la pedagogía alemana expresando mis sentimientos de admiración hacia ese



gran pueblo, creador de una noble y valiosa cultura, ariete el más firme y decidido contra la ola comunista que amenaza destruir hasta los primeros fundamentos de la espiritualidad occidental. Y felicitándome de que mi raza, la que descubrió un mundo y lo conquistó para el cristianismo y la cultura europea; la que, en el "caballero" del xvi, dió, de una vez para siempre, el modelo de la más noble y alta *humanidad*; la de las mujeres delicadas y los analfabetos profesores de cortesía; la España, en fin, de los grandes destinos espirituales, vaya del brazo de la Alemania nueva en la gigantesca cruzada emprendida ya contra los credos deletéreos que infestan las mentes y los corazones de los hombres.

"Yo no digo mi canción  
sino a quien conmigo va..."

reza nuestro viejo romance. La melodía inefable del tiempo nuevo sólo es escuchada y vivida por los que van de la mano, haciendo camino hacia las mismas metas.

Alemania y España, se han dicho ya su bella y estricta canción. La misma.

ADOLFO MAILLO



## Relaciones entre educación e instrucción

**L**A escuela, fuente indiscutible de instrucción, no puede, empero, prescindir de otro hecho mucho más importante: el de ser un instrumento directo e inevitable de educación. En efecto, educar e instruir son dos términos de un mismo y complejo problema: el de la elevación espiritual del hombre. No se puede negar a la escuela esta doble acción, ya que es palmario y evidente el influjo que ejerce sobre la inteligencia y el carácter del individuo que la frecuenta. Esta influencia es real, existe toda vez que nadie la pone en duda; por tanto, precisa procurar que sea buena, que corresponda a su fin. Pero aquí está precisamente la dificultad.

Según una teoría profesada por muchas eminencias, la luz de la razón, debidamente encendida, debe librar por sí sola al hombre de las cadenas de la ignorancia y, por tanto, de lo que tiene de animal, haciéndolo *ipso facto* más feliz, llevando a cabo su ascensión racional.

Si adoptamos esta teoría, el éxito educativo de la escuela se podría alcanzar fácilmente: instrucción y educación se identificarían en un solo acto. Bastaría, por tanto, enseñar muchas cosas, instruir profundamente, convertir a los escolares en bípedas enciclopedias vivientes y habríamos alcanzado el fin propuesto. Pero toda la Historia de la Humanidad, historia no de años, sino de siglos; historia de hombres y épocas diversos, demuestra perfectamente lo contrario, es decir, que instrucción y educación no son sinónimos, no son hechos idénticos ni en su raíz, ni en su desarrollo, ni en su finalidad. Y nos prueba, en cambio, que son dos hechos sustancialmente distintos aun cuando coincidan a menudo en la re-



gión del espíritu. Y esto, porque, a pesar de Platón y de todos sus secuaces, la instrucción suscita inmediatamente el acto intelectual mientras que la educación implica éste, pero también implica, y acaso aun más, el acto volitivo, y estos dos actos nunca jamás podrán reducirse a un acto único.

Ya en el siglo XVIII se preguntaba Rousseau si el progreso intelectual tenía como consecuencia inmediata y necesaria el progreso moral.

Grave cuestión y de la máxima importancia que aquél resuelve negativamente.

El pedagogo católico no puede seguir al autor de "Emilio" en sus pseudo-razonamientos que al través de fantásticos espejismos lo alejan de la realidad, pero llegará a una misma conclusión: el progreso intelectual no lleva consigo como hecho inmediato y necesario el progreso moral.

Formación intelectual y formación moral son, pues, hechos complejos dependientes entre sí que requieren a veces procedimientos análogos, pero que no por eso dejan de ser distintos. Por el contrario, los términos del problema pueden invertirse fácilmente, es decir, del progreso moral surge, inmediato y necesario, el progreso intelectual.

Pero entonces la escuela, ¿ha de considerarse explícitamente encargada de una doble misión, o sea, de la educación y de la instrucción de las almas jóvenes que le están confiadas? Sin ninguna duda responderemos categóricamente: sí. Añadiendo, además, que si la escuela considerase la instrucción como su único deber, su obra sería no solamente incompleta, sino también insana y deletérea. Porque el desarrollo de las facultades mentales sin un adecuado desarrollo y perfeccionamiento del sentimiento y de la voluntad, produciría un ser inarmónico, desordenado, y como todo cuanto está fuera del orden y de la armonía, un ser inadecuado para cumplir en la Creación sus funciones específicas en el grado y lugar señalados por Dios.

Y no se detiene aquí la cuestión. Tras la respuesta afirmativa y a las bien definidas relaciones entre instrucción y educación, relaciones que éticamente pueden expresarse en la fórmula: la instrucción es a la educación lo que la parte es al todo, surge impelente otro problema: "la escuela modernamente entendida, diré más, como en la actualidad la concibe la mayoría, ¿dispone de medios suficientes para cumplir enteramente su misión?"

Pregunta a la que se puede fácilmente responder si nos con-



tentamos con términos y soluciones vagos y generales, pero que se presentará mucho más seria y embarazosa a quienes quieran resolverla con precisión.

Los profesores y los maestros en general deben, por tanto, educar y *no solamente* instruir. Pero, ¿cómo y en qué medida?

Claro está que con tal afirmación no quiere decirse que el maestro deba sustituir o hacer innecesarias la familia y la Sociedad; claro que no puede ni debe pretender formar por sí solo el alma y la conciencia del niño, del joven. Claro está que no se trata aquí de sustituir, sino de cooperar poderosamente, y sólo en el caso de que falten los dos primeros términos se podrá hablar de sustitución completa, o sea, de plena y absoluta responsabilidad. Además, quien dice educación, dice seguramente formación, elevación, pero dice también manejo de la conciencia como único medio para llegar a la primera etapa del ideal propuesto. Y hay quien encuentra esta empresa, es decir, la de plasmar nuevas conciencias, una acción inafrontable, y exorbitantes los derechos y deberes de quien enseña como odiosa tarea.

No se asusten ni se espanten, ya que si efectivamente desde este punto de vista, la obra del maestro se nos aparece bajo uno de sus aspectos más escabrosos, delicados y difíciles, concedo también que *plasmar* conciencias no ha de significar conquistarlas y oprimirlas celosamente. En ninguna parte, en ningún tiempo y por ninguna razón está justificada la opresión de las conciencias, ni siquiera obteniéndola al través del maravilloso milagro del progreso científico. Por el contrario, la obra del maestro educador ha de tender a crear hombres *libres*, o sea, capaces de pensar y de conducirse por sí mismos, sin la falsilla de la imposición, hombres que conociendo perfectamente la norma moral encuentren en sí mismos, en el propio ideal, la voluntad, la fuerza de conformarse a aquella norma precisamente porque son libres. De no ser así, la escuela sólo servirá para crear autómatas; no será sino máquina para falsificar marionetas, y ¿quién puede concebirlas así?

Sin duda, el fin de la educación, bajo su peculiar aspecto de formación volitiva, es el de identificar la voluntad con la ley: con la ley divina ante todo, y con aquella ley humana que fluye de la divina como el límpido arroyo fluye del manantial. Pero este mismo fin demuestra suficientemente la escrupulosidad con que el educador debe proceder a la elección de los medios para alcanzarlo y cuánta delicadeza y extrema discreción exige la no fácil empresa de quien pretende plasmar conciencias.



Puede preguntarse ahora: ¿deben imponerse semejante tarea todos los maestros? No dudemos en responder un sí rotundo. Todos sin excepción; desde el último y mísero maestro de la última escuela del último pueblecillo perdido, hasta el más celebrado profesor de una cátedra universitaria; cada uno en su propia esfera, en su propio elemento, con sus propios materiales, puesto que, en efecto, todos ellos forman la escuela de un país, de una nación.

Después de esto es fácil comprender con qué criterio (bien por medio de concursos u otros sistemas) ha de procederse a la elección de tales funcionarios civiles que tanta y tan soberana importancia asumen en la vida de un pueblo. Ideas religiosas, valor intelectual, honradez profesional, todo ha de ser escrupulosamente contrastado en los maestros de cualquier categoría, porque cada uno de sus actos, cada una de sus palabras, no pueden considerarse aisladamente, sino que constituyen ya por sí mismos un ejemplo y, por tanto, una enseñanza moral en acción. Y no es esto todo.

Entre la instrucción como fuerza que opera inmediata y necesariamente sobre el desarrollo ético, y la instrucción considerada como hecho aislado completamente aparte de la educación y no ordenado a la misma, existe otra doctrina, la única exacta según nuestro modesto parecer. Es la que se propone *la educación por medio de la instrucción*; y esto es precisamente lo que es de la competencia del público docente, el encargo preciso de *instruir educando y de educar instruyendo*.

GIUSEPPINA POMELLO.

(Traducción de C. M. Alvarez Peña).



---

---

Se advierte a todos los afiliados al S. E. M. que con el número próximo, o sea el número 7, termina el compromiso que hicieron con la REVISTA DE EDUCACIÓN HISPÁNICA, por medio de las Organizaciones.

Ha podido apreciar el Magisterio la orientación de la Revista que da vida a una pedagogía nueva, con la esperanza de introducir nuevas secciones de estudio y de tratar ampliamente de los problemas del Magisterio.

Por eso hace falta que haciendo un esfuerzo, como todos lo hacemos, se suscriban directamente para los siguientes números, ya que, por otra parte, han podido orillarse las dificultades, y su publicación será regular. El que haya de suscribirse hágalo cuanto antes, para formalizar los envíos y no quede luego sin recibir algún número.

LA DIRECCIÓN.

---

---



SECCIÓN

PRÁCTICA



LA JUSTICIA LEVANTA A LA NACIÓN, MAS EL PECADO HACE MISERABLES  
A LOS PUEBLOS.



# C A R T A S

para los chicos grandes y para los grandes chicos

**E**N la mesa de vuestro maestro o de vuestra maestra, niños y niñas de las escuelas de España, veréis esta REVISTA DE EDUCACIÓN HISPÁNICA. Pero no creáis que es un libro para mayores, nada más; con frecuencia leeréis páginas enteras dedicadas directamente a vosotros. Y si supieseis que todos los artículos, que todos los escritos de este folleto, casi libro, se han redactado por vosotros y para vosotros... Vuestros maestros os aclararán el concepto.

Un ingeniero llegó a la posada de un pueblo de la provincia de Huesca: a mi pueblo. Preguntó qué podría cenar y le dijeron que tenían, entre otras cosas, col riquísima, acelga muy tierna y cordero del país. Como al huésped le gustaba mucho la verdura, pidió que le sirvieran cordero en guiso y cordero asado. Es que aquel señor sólo comía la col y la acelga transformada en carne, como si dijéramos de segunda mano, o de segunda boca; los corderos comían la berza y él comía cordero. Vosotros sois aquí los ingenieros, nada menos; nosotros, los maestros, hacemos de corderitos, pero sólo de corderitos, ¿eh?, que transformamos la ciencia de los libros, y de las revistas, como la que ahora leéis, y os la regalamos a vosotros para que os hagáis hombres fuertes, cultos, sanos y buenos.

Ahí va, abierta y sin sello, la primera carta:

## ***Lo primero es vivir***

Lo primero es vivir, sí, pero vivir con salud de cuerpo y de alma. Si no tienes salud, no podrás trabajar, no tendrás ganas de estudiar ni de instruirte, no tendrás buen humor; y la vida sin



alegría, sin cultura, sin una ocupación y sin afectos, no es vida ni vale la pena de vivirla.

Hay quien ignora los principios más elementales de higiene y las nociones más rudimentarias de fisiología; las dos ciencias, la fisiología y la higiene, constituyen la base de la salud. Tú sabes, debes saber, por lo menos, lo indispensable para tener la posibilidad de vivir fuerte y sano; ahora es preciso que practiques cuanto sepas de aquellas ciencias.

Disciplínate el cuerpo y endurécelo; para afinar el espíritu hay que curtir la materia, y no olvides que cuanto más fuerte sea tu cuerpo mejor obedecerá a tu inteligencia, y cuanto más débil sea, menos se sabrá resistir a la tiranía de los vicios.

Un pensador inglés decía que todo hombre tiene el deber de ser un buen animal y que la nación que tenga más y mejores animales, será la más culta, la más rica y la más poderosa. Claro es que la palabra "animal" significa, en este caso, persona robusta, fuerte, sana.

Habrás oído decir muchas veces que el platino, el oro y la plata son los metales más preciosos, pero no es verdad. El metal más precioso y más preciso es el hierro, pero no porque sea el indispensable para tener barcos, ferrocarriles, puentes, aeroplanos, máquinas y herramientas, no; el metal más precioso y más preciso es el hierro, el hierro de la sangre, el hierro del glóbulo rojo que da la energía, la salud, el optimismo, la vida feliz y fecunda.

Cuerpo y alma son troncos de un mismo tiro, decía Platón; procura que los dos tengan una educación y cultura esmeradas para que sepan y puedan conducirte por el camino de la vida más dichosa que puedes soñar. Aseguran los sabios que las facultades intelectuales y morales sólo se desarrollan bien en cuerpos sanos y vigorosos.

Pero no creas que para lograr perfecta educación física hay que hacer, nada más, comer, beber, dormir y no trabajar; quien tal haga ni vivirá sano, ni será bueno, ni será útil. Hay quien vive para comer; hay que comer para vivir y hay que vivir para cumplir una misión social y patriótica. ¿Recuerdas haber leído alguna vez este epigrama?

Ayer convidé a Torcuato;  
le dí sopas y puchero,  
una pata de cordero,  
dos gazapillos y un pato.



Le dí vino y respondió:  
 — Bebedlo vos, a fe mía,  
 que hasta mitad de comida  
 no acostumbro a beber yo.

Hay, desgraciadamente para ellos, muchos Torcuatos en el mundo que no saben que más mató una cena que curó Avicena; que más cura un "no cenas" que cien Avicenas; que el estómago es la oficina en donde se fraguan todas las enfermedades. Naturalmente, en la comida del mediodía hay que tomar alimentos en cantidad y en calidad suficientes para compensar desgastes, pérdidas e intoxicaciones, pero sin abusar de la una ni de la otra. Y supongo que pocas veces te darás un hartazgo de caviar, de langosta, de jamón en dulce o de pavo trufado, pero no te duela la privación; de algunas indigestiones sólo se sale por el camino del cementerio.

Te ofrezco, en una décima del doctor Letamendi, un compendio de la ciencia de la salud y de la vida propicia a bienandanzas: lee, aprende y sigue el consejo:

Vida honesta y regalada;  
 usar de pocos remedios  
 y poner todos los medios  
 de no alterarse por nada.

La comida moderada;  
 ejercicio y diversión;  
 no tener nunca aprensión;  
 salir al campo algún rato,  
 poco encierro, mucho trato  
 y constante ocupación.

La alegría del carácter da tanta salud al cuerpo como al alma. Además, las grandes creaciones de sabios, de poetas y de artistas son hijas de la sobriedad, del optimismo, de la salud, de la sencillez y de la humildad. Las obras de Virgilio, de Cervantes, de Siespier, de Montañ, de Leonardo de Vinzi, de Rafael... son reflejo de un vivir modesto, virtuoso, casi franciscano. El buen humor y la tranquilidad de espíritu son fuentes de salud. "Cenas y penas matan hombres a docenas", dice un refrán. Si cenas con exceso correrás el riesgo de unas fiebres, de una congestión, de una hemiplejía; si te invade la tristeza, muy pronto la hipocondría, la debilidad y la neurastenia serán tu martirio o tu verdugo.

Cervantes decía que la cocina grande hacía pequeña la casa;



y es mucha verdad; el que gasta mucho dinero en comidas, el que se ve arrastrado por el pecado de la gula y de la glotonería va corriendo a la pobreza y a la enfermedad. Comer para vivir, no vivir para comer.

Primero, vivir; después, pensar y trabajar. Y desde los primeros años, desde la vida de chicos, hay que acostumbrarse a que las inclemencias del tiempo no sean causa de no jugar, de no pasear, de no correr, de no estar por jardines, ni por campos, ni por montes. El frío, el calor el viento y la lluvia pueden ser factores de tu salud si sabes acostumbrarte a ellos, con ciertas precauciones, naturalmente. ¿Sabes el cuento de los dos catarros?

Es curioso y enseña mucho; vas a verlo:

Dicen que dos catarros eran muy amigos y en un día de invierno decidieron abrigarse alojándose en dos personas que vieron ante ellos.

Un catarro entró por la boca de una señora que salía de su coche, muy elegante y guapetona, y el otro catarro se introdujo en los bronquios y pulmones del cochero, un mocetón robusto y fuerte que se reía de los termómetros y de los paraguas. La señora guardó el catarro una gran temporada con cuidados extraordinarios; no salía de casa, la visitaba el médico frecuentemente, tenía la calefacción al máximo, tomaba aspirina, se ponía una docena de mantas en la cama y no comía nada sin el visto bueno del doctor. El catarro, tratado a cuerpo de rey, no tenía prisa en abandonar aquella magnífica posada; se marchó cuando ya se cansaba de tan buen trato.

El otro catarro estuvo a punto de morir de pulmonía; mal lo hubiera pasado si está unos días más en el cuerpo del auriga. A cualquier hora de la noche se levantaba el cochero a cuidar de los caballos; en las primeras horas de la madrugada, medio descalzo, a medio vestir, lavaba el coche con agua helada; se desayunaba con una copa de aguardiente y una tagarnina, pasaba horas enteras en el pescante desafiando las inclemencias del tiempo, comía frío y sin aliño lo poco de bueno que su mujer le llevaba. ¿Cómo iba a resistir el catarro un trato tan inhumano? Naturalmente, el catarro tuvo que huir enseguida del cuerpo del cochero.

¡Aplicate el cuento!

P. ARNAL CAVERO.









ARTES GRÁFICAS  
E. BERDEJO CASANAL  
ZARAGOZA



Ayuntamiento de Madrid